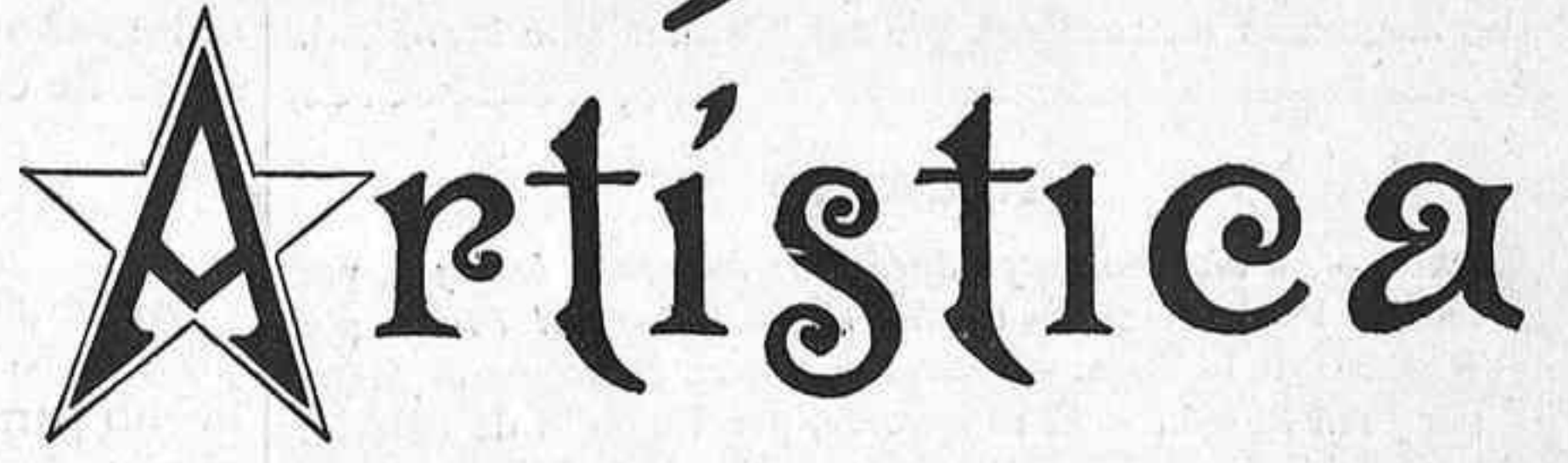


# La Ilustración Artística



Año XV

← BARCELONA 20 DE JULIO DE 1896 →

Núm. 760



GOYA, dibujo de J. Llovera, expuesto con gran éxito y vendido en París



## ADVERTENCIA

Próxima á terminar la novela DOS ANÓNIMOS que estamos publicando, tenemos el gusto de anunciar á nuestros suscriptores que una vez concluida publicaremos la preciosa novela francesa UN APÓSTOL, del ilustre escritor Gustavo Toudouze, con magníficas ilustraciones del célebre dibujante Marchetti.

## SUMARIO

**Texto.**— *La vida contemporánea. Los hornos de las leyes*, por Emilia Pardo Bazán. — *Carlos V dominando al Furor*, por R. Balsa de la Vega. — *Bocetos militares. Bautismo de fuego*, por Juan Buscón. — *El voluntario*, por Eduardo de Palacio. — *Corrida filantrópica. Cuento realista*, por F. Moreno Godino. — *Nuestros grabados. — Problema de ajedrez. — Dos anónimos*, novela original de Florencio Moreno Godino, ilustrada por José Cabrinety (continuación). — *Los nuevos cardenales*, por X.

**Grabados.**— *Goya*, dibujo de J. Llovera. — *Carlos V dominando al Furor*, célebre grupo modelado y fundido en bronce por León Leoni. — *La guerra de Cuba. Compañía del batallón de León* que más se distinguió en el combate del ingenio Triunfo el 29 de abril último. — *Santuario del Cobre*, atacado en el mes de abril por la partida Cebrero. — *Ruinas de la estación de Boniato* en el ferrocarril de Sabanilla y Maroto (Santiago de Cuba), incendiada por los insurrectos en 29 de mayo último, tres grabados de fotografía. — *La niña y la cabra*, cuadro de Luis Jiménez Aranda. — *El hogar del pescador*, cuadro de Francisco Miralles. — *Fin del rey D. Juan II de Aragón*, estatua de Rafael Atché. — *Floracilla campesina*, dibujo de N. Méndez Bringa. — *Mistress Beecher Stowe*, escritora norteamericana. — *Eva Canel*, distinguida escritora y secretaria de la Cruz Roja de la Habana. — *Sir John Pender*, el llamado «rey del cable». — *Los nuevos cardenales Domingo Jacobini, Antonio Agliardi, Domingo Ferrata y Serafin Cretoni*, cuatro retratos. — *Ruinas de la casa quinta Kindeland* (Santiago de Cuba). — *El Ferrocarril*, escultura alegórica, obra de Mariano Benlliure.

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

## LOS HORNOS DE LAS LEYES

Ya se comprenderá que me refiero al Congreso y al Senado, donde hasta muy avanzado el presente mes de julio — los pesimistas anuncian que hasta bastante entrado agosto — se cuecen los padres y abuelos de la patria, acompañados de los curiosos y curiosas de las tribunas públicas y reservadas, bajo una temperatura de esas que disuelven la masa cerebral convirtiéndola en papilla.

Por poco que nos inclinemos á admirar, en casos tales la admiración se impone. Si el frío moderado templara el sistema nervioso, el excesivo calor, que yo sepa, no embravece sino á los toros, cuya poderosa fisiología sanguínea les permite resistirlo sin peligro de anemia. Al hombre le enerva, le echa abajo, le infunde galbana y un decaimiento que sólo pide abanico, hamaca y el vaso de limón al alcance de la desmayada mano. Ante ciertas temperaturas, los principios, las ideas y las mismas rencillas y enemistades se diría que han de desaparecer. Sin embargo, nuestros políticos resisten como Daniel en su horno de Babilonia, y aparecen tan animosos en el ataque, en la defensa, en la rectificación, en la interpelación, en el insulto, en el contra-insulto, en todos los episodios de esa diaria lid, larga, capaz de dar al traste con las fuerzas de cualquiera, como si estuviesen á las frescas orillas del Támesis, en el ventilado y espacioso Parlamento inglés.

Sí, les admiro. Cada vez que asisto á una sesión del Senado, en estos días de fuego, sube de punto mi asombro. Es verdad que los señores mayores prefieren el calor al frío, porque tienen las venas congeladas; pero así y todo, recordando que cuanto más débiles y exhaustos nos sentimos, más nos afectan los cambios de temperatura, debo alabar la constancia y el sufrimiento de los respetables ancianos, que muy correctos de *tenue*, con cuellos planchados, corbata, levita y su chaleco de piqué, arrostran las formidables tardes parlamentarias. Muchos de estos graves personajes, sólo por caso raro y pagando tributo á íntimas amistades ó á compromisos ineludibles, se dejan ver en el mundo. Invitados á las fiestas ó á las familiares reuniones, se excusan con el reuma, con el asma, con el trancazo, con los desvanecimientos, los achaques de la edad, en suma. Pero que se trate de la sesión del Senado, y les veréis olvidar los alifafes y correr á ocupar su escaño de costumbre. Es verdad que se oyen por allí nutridas toses, insistentes carraspeos y resuellos fatigados; es verdad que, rendidas al bochorno, varias cabezas cubiertas de nieve ó despojadas hasta de esa nieve misma, caen pesadamente sobre el pecho, y de allí á poco percibimos un ronquido sordo, ó un profundo resoplar, que arranca

sonrisas á los espectadores... No obstante, la justicia manda reconocer que no todos los senadores se duermen, y que también hay sesteos en el Congreso. Senadores veréis más despiertos que liebres, y avizorando cuanto pasa, y dispuestos á dar una desazón al gobierno en cuanto se descuide. No hay que fiarse del sueño de los senadores; cierto que no hay que fiarse de cosa ninguna.

\* \*

El Senado, al menos, es, lo repito, habitable, amplio, claro y bien dispuesto. Pero el Congreso parece hecho para que en él no se celebre sesión sino en los meses de diciembre y enero, ¡y guarda al salir la pulmonía! El genio de la incomodidad ha presidido á la construcción del Congreso, que por otra parte, así como carece de aire respirable, carece de condiciones acústicas. Al entrar en esas tribunas del Congreso, tan ahogadas, tan sombrías, con su peligrosa escalera donde es facilísimo torcerse un pie, con sus asientos nada *confortables*, con las enormes columnas que estorban la vista, creemos penetrar en alguna prisión, en alguna escondida reja conventual — lo más opuesto al espíritu comunicativo y libre en que debe inspirarse la vida parlamentaria. — Cuando un orador habla vuelto de espaldas ó de costado á una tribuna, es lo bastante para que en esa tribuna no se le oiga palabra. Los que cogen primera fila todavía pescan algo; los que tienen la desgracia de hallarse en la segunda ó tercera, ya se pueden despedir. No parece sino que á propósito se han arreglado semejantes tribunas de manera que sólo un corto número de privilegiados logre disfrutar del espectáculo. Están además las tribunas situadas á una altura excesiva, como para alejar al público de los oradores; y se ha perdido un gran espacio en el cual podrían haberse abierto otras tribunas bajas, bien colocadas y agradables, desde las cuales se dominaría perfectamente el hemicycle.

Un Parlamento, en rigor, debería calcularse como se calcula un teatro, procurando que gocen holgada colocación y vista segura el mayor número posible de personas. Discútase enhorabuena el sistema parlamentario, sus inconvenientes y sus ventajas; pero si lo ponemos en práctica, aceptemos sus consecuencias, su modo de ser peculiar, que lleva en sí la máxima dosis de publicidad y de aire libre. No olvidemos que este sistema nació en las plazas abiertas, y que la tribuna de las arengas, la gran tribuna rostral, no estaba defendida por ningún baluarte, ni guardada en ningún recinto, sino que se alzaba en el Foro, teniendo el firmamento por pabellón.

Si las sesiones de los Cuerpos Colegisladores se verificasen todas en invierno, podría excusarse el Congreso tal cual hoy existe, abrigado, cerrado, afelpado, sofocante. Pero no sé cómo se las arreglan los que manejan ese cotarro, que siempre ha de ser de primavera á la canícula la época preferida para las discusiones, hasta que llega el imperioso agosto, ordenando los baños, las aguas, las duchas, las vacaciones á todo bicho viviente — y mal de su grado, las Cortes tienen que interrumpir la brega, porque no hay medio humano de hacer otra cosa. — Repito que sorprende el valor de esos luchadores, que conservan en la parrilla la afluencia de palabra y la expedición de discurso que podrían tener en su gabinete. Se diría que, en vez de aplanarles, el calor les reanima, les enciende el alma y les saca á los labios más chispeadora y vivaz la elocuencia...

A pesar de las detestables condiciones de las tribunas del Congreso, no faltan nunca golosos de este espectáculo, y aun golosas. A diario las tribunas se ven concurridas, y atestadas el día en que se espera discusión borrascosa ó interesante. Debo reconocer que la palabra *interesante* no tiene para la mayoría de los asistentes á la tribuna el sentido que yo le atribuiría (y que le atribuirías sin duda tú, lector discretísimo). El interés, en mi opinión, consiste en que hagan uso de la palabra los grandes adalides, no para acusarse y cubrirse de oprobio, no para asestarse puñaladas y sacar al público los sucios trapos y las lacras y miserias que al adversario atribuye la maledicencia, con ó sin base de realidad, sino para decir cosas atañedoras al bien público, á la grandeza del país, á su alta cultura moral é intelectual, ó á su conveniencia práctica, á su prosperidad, á su mejor regimiento. En las circunstancias actuales me gustaría que se hablase de la política internacional y de la guerra de Cuba, pero con generoso sentido, sin desahogos de carácter personal entre militares de alta graduación, y sólo con la preocupación trágica y profunda de los males de la patria, y del terrible daño que padecemos, este flujo invencible de sangre y oro que va á dejarnos más ahogados, más infelices, más maltrechos que estuvimos nunca... Pero ya sé y comprendo que semejan-

tes aspiraciones son quiméricas. De tanto como se habrá perorado en la tribuna desde que existe, sólo las Catilinas y las Filípicas alcanzarán la altura del ideal patriotismo con que sueño. En el Parlamento inglés, en la Convención francesa, en las Cortes españolas, hubo momentos sublimes, y el negarlo fuera injusto, hasta rutinario y cobarde, ya que hoy se ha puesto en moda rebajar á los Parlamentos y olvidar sus pasadas glorias; pero es fuerza reconocer que las mezquindades de partido roban más tiempo, por lo general, que otras cuestiones en que no se conciben banderías, porque son de bandera. Tal vez falta el espíritu público; tal vez ya no late el gran corazón del pueblo. Me inclino á creerlo así: vamos á las Cortes más como *dilettanti*, que como españoles y patriotas.

\* \*

Lo que entusiasma y regocija á los *habitués* de las tribunas, es la habilidad. ¡La habilidad especialmente! Aquí no conocemos el refinamiento artístico de los italianos; pero en materia de arte oratoria hemos llegado á ser tan inteligentes y á hilar tan delgado como en tauromaquia. Muchas veces me ha sorprendido el fenómeno de que mientras, al tratarse de literatura, no suelen oírse juicios atinados y frases sagaces infalible el crítico oyente. Las réplicas intencionadas; las gracias malignas; las picantes ironías; las estocadas rectas y mortales; los rasgos de energía; la mesura en defenderse; el vigor de atacar; la oportunidad y felicidad en recordar; la maña para advertir y demostrar contradicciones; la solidez de los argumentos; la propiedad y elegancia de la dicción; el concierto en accionar; la nobleza en la postura; tantos y tantos matices y toques como forman el conjunto de una oratoria maestra, se aprecian, saborean y comentan con viva sagacidad en las tribunas del Congreso. Asimismo se censuran instantáneamente y del modo más implacable y despiadado las contestaciones turbadas y tropezonas; las soserías é insipideces; las debilidades; los dichos vulgares y cursis; los movimientos torpes, desmañados, mecánicos; las inflexiones de voz rudas y desapacibles, ó atipladas y gangosas; las faltas de aplomo y de dignidad, y sobre todo, ¡sobre todísimo! las... — que me perdonen si reujo esta acepción del arroyo, porque sólo ella, en su trivialidad, puede dar exacta idea de lo que no se consiente en las tribunas — las *latas*; el interminable discurso sobre la carretera de X. á Z..., ó sobre la necesidad urgente de que se reforme el decreto relativo á las obras del malecón de W..., ó sobre otro asunto de igual trascendencia, que en dos palabras cabía.

\* \*

Mucho se ha zarandeado el presupuesto del Congreso con sus partidas de caramelos y azucarillos. Echo mano de todo mi catonismo y no puedo reprobar los caramelos, al menos mientras la mujer no posea y ejerza plenos derechos electorales. El diminuto cucurucho que nos envían á las que frecuentamos las tribunas, esa golosina infantil, es como la dote y el *morgengeld* en el derecho germánico; una especie de compensación, no en demasía espléndida (hay que reconocerlo), pero al cabo galante y dulce, á nuestra incapacidad legal. Parecen decirnos los que nos remiten, por conducto de alguno de los innumerables empleados de la casa del Parlamento, el saquillo de papel con los fragmentos de cuajado almíbar, aromatizados á la menta, al anís ó á la rosa: «Para que no notes que sin ti hacemos las leyes, sin ti que has de padecerlas y acatarlas, y para que no lo lleves á mal, ahí tienes esa chupandina delicada y suave. Nosotros tragamos quina, tú tragas azúcar. No nos envidies.»

En tiempo de calor, sin embargo, *cúmpleme declarar* (como diría alguno de los señores) que la dádiva de los caramelos no puede, ni aun á título de compensación modesta, convenir á la mujer. Cada caramelo es un rabioso estimulante de la sed, y contribuye á aumentar la sensación de asfixia. Sería acertado introducir una reforma en el presupuesto, y reemplazar en verano los caramelos con la refrigerante horchata de chufas, nuestro delicioso refresco popular y nacional. A los mismos diputados les vendría de perlas la horchata, para moderar ciertas fogosidades en la polémica. No propongo la horchata para los senadores también, mirando á la susodicha nieve de los años. «¡No parece sino que todos somos unos caramales!» exclamaba, pocas tardes hace, un senador todavía naturalmente pelinegro... Y es que no son sólo las señoras las que detestan que salga á relucir la fe de bautismo.

EMILIA PARDO BAZÁN



18 de Julio de 1551



CARLOS V DOMINANDO AL FUROR

18 de julio de 1551

Célebre grupo modelado y tundido en bronce por León Leoni, existente en el Museo del Prado de Madrid

He hablado recientemente de dos obras, quizá las más importantes que efectuara Pompeyo Leoni, hijo de León, el *cavaliere Aretino*, como firmó éste siempre desde el punto y hora en que el emperador le otorgara carta de nobleza; y al presente cumple conmemorar una de las producciones escultóricas más hermosas que produjo el padre. Me refiero al grupo en bronce *Carlos V dominando al Furor*.

Sucede con León Leoni lo que con algunos otros artistas del Renacimiento: que preteridos injustamente por la crítica y la historia, tuvieron que esperar el transcurso de los años y aun de los siglos para que, estudiados con la imparcialidad debida cosas, hechos y personas, adquiriesen obras y autores toda la importancia que deben tener en el mundo del arte. Absortos los contemporáneos de León Leoni con la grandeza verdaderamente sublime de genios como Miguel Ángel, Rafael de Urbino y Leonardo de Vinci, de quienes miraban asombrados las obras, apenas si fijaron la atención en los demás artistas, á no ser en aquellos sobre los cuales irradiaba la gloria de los maestros, como acontece con nuestro Berruguete, con Julio Romano, con tantos otros, algunos de los cuales son á la luz de la historia y de la crítica bastante inferiores á los Leoni, padre é hijo.

Sin que haya necesidad de hacer que descienda ni un ápice la personalidad artística de Cellini, bien puede hablarse del *cavaliere Aretino*, oponiendo á las del primero muchas de las diversas obras que el segundo produjo. Ciertamente era más afeminado León Leoni que el famoso autor del *Perseo*; mas, en cambio,

no cedía á éste en buen gusto, en el exquisito gusto del arte de Florencia, ni en imaginación y conocimiento de la técnica. Y para mí, conocía algunos de los secretos de las artes industriales, anejas al arte del escultor, más á fondo que Benvenuto Cellini. Mis lectores pueden comprobar esta afirmación, recordando las angustias pasadas por el artista florentino en la operación de fundir la citada estatua de *Perseo* y la facilidad con que llevó á cabo León Leoni la de *Carlos V dominando al Furor*.

Dice un moderno biógrafo de los Leoni, hablando de este particular: «La fundición de una estatua de gran tamaño se consideraba entonces como una empresa erizada de escollos y dificultades. Así pues, el buen resultado de una de estas operaciones adquiría las proporciones de un acontecimiento, y se celebraba con aplausos en el mundo del arte.» Seguramente que no habrá nadie que no sepa ó haya puesto en olvido la dramática descripción que hasta nosotros ha llegado, escrita por el mismo Benvenuto Cellini, de las peripecias que le ocurrieron en el momento de fundir la estatua del vencedor de Medusa; pues bien, no creemos que exista documento parecido por lo que se refiere á la fundición de la efígie de *Carlos V*, realizada por León Leoni. He aquí ahora dos cartas (que se conservan en la biblioteca del Palacio real de Madrid), en las cuales se da cuenta precisa y concisa del éxito de Leoni. La primera es de Lucca Contile, dirigida al gobernador de Milán, duque de Ferrara, el mismo día 18 de julio de 1551. Dice así en la parte que se refiere á este asunto: «Creo que no debo ocultaros el buen suceso acaecido á Su Majestad el César, con la fundición de su estatua, realizada con el más feliz éxito por messer Leoni, á las siete de la tarde de hoy. Realmente una operación de este linaje está llena de peligros. Hemos estado presenciándola el presidente Grasso y yo. Messer Leoni ha prometido poco, pero ha dado mucho; así pues, no es extraño que se halle rebosando satisfacción, al pensar en la de Vuestra Excelencia, teniendo esto por superior á cualquiera otra *buen fortuna* que le ocurriese.»

Por su parte, León Leoni confirma esta carta con otra suya, escrita en el siguiente día de haberse realizado la operación. La carta la dirige el artista al obispo de Arras, su gran protector en la corte de Carlos V, y dice:

«Ayer, que fué el 18 de julio, desde las seis de la tarde hasta después de las diez realicé la fundición de la estatua de Su Majestad. La operación se realizó con tanta felicidad, facilidad y nitidez, que me atrevo á asegurar que no tiene la estatua la más pequeña burbuja de aire, ni siquiera del tamaño de la punta de la más pequeña aguja. Yo estoy muy contento, porque he logrado cortarles la lengua á los detractores de mi pobre mérito, y porque así habré logrado dar á mis protectores una prueba de lo que de mí esperaban.»

»Dentro de quince días pienso realizar la fundición de la estatua del príncipe, etc.»

\*\*

Este grupo lo esculpió primeramente Leoni en marfil, dándole la forma y tamaño de un camafeo. Las diferencias de la composición apenas si son apreciables en una y otra obra. Leoni no hizo, como se verá, á humo de pajas el camafeo citado; antes bien, hombre ambicioso (y no menos lleno de vanidad), no contento con los encargos que le hicieran, además del César español, varios otros príncipes y señores, se valió de ese ardid para lograr lo que al cabo logró por mediación del duque de Ferrara y del obispo de Arras. A este último escribió primeramente una carta en la que le hablaba del camafeo, simulando no querer descubrir un secreto.

Ya enviada á la corte la obra, que fué elogiadísima y muy admirada por los monarcas, en la carta con que acompañaba el envío del camafeo al obispo de Arras, que era el encargado de entregárselo al emperador, decía á su patrono poco más ó menos: «Suplico á Vuestra Excelencia que diga á Sus Majestades: «He aquí un escultor que no es un ingrato ni un *fantoche* y que se acuerda de Vuestra Majestad con todo el afecto de su corazón;» y este será el pago de dos meses de fatigas, de trabajo y de descanso que *me he robado á mí mismo* para ofrecer á Su Majestad *la obra más rara y más bella que jamás se ha visto*. El duque de Ferrara, que es la única persona que aquí vió el camafeo, quedó *maravillado*.»

El regalo valió á León Leoni el que además de habersele encargado el grupo y la estatua del príncipe D. Felipe, la emperatriz le mandara hacer los retratos del rey de los romanos y del de Bohemia.

Realmente el grupo que conmemora esta *efeméride* es una obra de arte excelentísima, no tan sólo por lo que atañe á la parte material de la fundición, que aun hoy maravilla por la finura y delicadeza con que está fundida, sino por la elegancia de las líneas de las figuras, por el correcto dibujo que las determina, por el gusto de los adornos que se miran en la armadura que viste Carlos V y por la acertada actitud de éste.

El emperador colmó de honores á León Leoni, y después de regalarle un palacio en Milán, ciudad natal del artista, le otorgó carta de nobleza y dispuso que Pompeyo quedase en la corte á su servicio, dándole, al propio tiempo que un sueldo que Felipe II elevó, trabajo más que suficiente para que ambos artistas, padre é hijo, adquiriesen un capital. A pesar de esto, se sabe que el viejo Leoni invitó á pasar unos días en su palacio al hijo de Ticiano, con ánimo de robarle mil escudos de oro que éste llevaba al famoso pintor, como así hubo de intentarlo, haciendo que los criados diesen de puñaladas al confiado huésped.

R. Balsa de la Vega



## BOCETOS MILITARES

## BAUTISMO DE FUEGO

¡Alto!

El pequeño destacamento que forma la avanzada de la columna, se detiene bajo la sombra de la hilera de árboles que bordean el camino. Una espaciosa llanura se extiende ante los ojos de los soldados: una planicie que semeja á un tapiz de terciopelo verde lleno de matices y de cambiantes, salpicado de brillantes y de esmeraldas: las gotas del rocío aún no secadas por los primeros fuegos del sol naciente chispean entre el césped. Allá, á un lado, sobre la izquierda, á unos seiscientos pasos, apuntan los perfiles de unos bohíos envueltos entre el follaje de un verde obscuro.

Las miradas de los muchachos se dirigen todas hacia aquel sitio: allí está el problema.

Jeromo Singalez siente que el corazón le late con terrible violencia: conoce que su rostro se le torna pálido y sus dedos oprimen temblorosos el cañón del fusil.

Pero hace un gran esfuerzo para reprimir aquella sensación extraña que invade todo su ser: su teniente, el teniente Breñales, pasa junto á él con paso lento, se para, fija sobre el recluta una mirada escrutadora y le pregunta:

—Creo que no has recibido todavía el bautismo de fuego tú, ¿eh?

—¿El bau..., el bautismo?, balbuceó el chico, poco al corriente aún de ciertas metáforas.

—Sí, hombre, añade el oficial sonriendo; ¿has entrado en fuego alguna vez?

—No, mi teniente; estaba en el hospital.

—El vómito, ¿verdad?

—Sí, mi teniente; lo cogí al desembarcar y hasta hace tres días no me he podido incorporar al batallón.

—Bueno: has tenido suerte: el vómito es peor que las balas. Procura portarte bien... como tus compañeros.

El oficial echa á andar de nuevo: vuelve á pararse ante un sargento y hablan los dos durante algunos segundos, sin dejar de mirar hacia aquel bohío, que se presenta como un enigma misterioso y temible en medio de la serena placidez de la campiña exuberante de vida, esplendorosa de belleza.

Jeromo se vuelve á su compañero, al que tiene más cerca: un veterano ya, que lleva seis meses de marchas y contramarchas, de tiroteos y broncas y sorpresas y cargas á la bayoneta y todo el zipizape de una guerra.

—¿Te parece si estarán allí?

El veterano se encoge de hombros y sigue liando un cigarrillo.

—Pue que estén..., pue que no estén; pero no te impacientes..., antes de cinco minutos lo sabrás de fijo.

\* \*

Pero pasan cinco minutos, diez, quince... y nada.

Todo sigue tranquilo: la campiña que los ardorosos rayos del sol empiezan á caldear, guarda su augusta impasibilidad; un silencio inmenso reina sobre la llanura; ni un soplo de brisa agita las ramas de los árboles; sólo de cuando en cuando el chillido estridente de un pájaro que aletea veloz por los aires interrumpe por un momento la profunda quietud de la naturaleza.

Los soldados, inmóviles, guardan un mutismo completo.

Bajo la influencia de aquella calma, de aquella inmovilidad silenciosa que le rodean, del calor tropical que se difunde por la atmósfera, Jeromo se siente dominado por una especie de modorra, de somnolencia: sus ojos medio cerrados contemplan con vaga mirada la campiña reverberante de luz, y á su imaginación aletargada se presenta, con la impresión borrosa que tienen las cosas vistas en sueños, un paisaje familiar, lleno de encantos, gratísimo á su alma...

Aquel pedazo de tierra cubana se ha transformado en un rincón de tierra española, cuyos detalles van surgiendo, unos tras otros. El soldado cree tener delante aquella deleitosa pradera lindante con la paternal morada, en que tantas veces jugó cuando niño, revolcándose alegremente sobre su verde alfombra; en que tantas horas pasó cuando adolescente, ensimismado en sus primeras emociones amorosas; y le parece que aquel techo que se perfila á lo lejos entre el follaje, es el techo patriarcal vetusto y humilde bajo el que vivió veinte años de su vida, vida tranquila y apacible, que interrumpió un día brusca-mente la voz de la ley para decirle al pobre quinto:

«¡Arriba! Ya llegó el momento..., tienes que servir á la patria...»

Y también es la voz de la ley que habla ahora por boca de un sargento la que pone punto final á las «imaginaciones» de Jeromo, diciéndole:

—¡Ea!. ¿Te vas á quedar dormido tú, novato?... pues escogiste mala ocasión... Hay que abrir mucho el ojo, ¿entiendes?

\* \*

El recluta, avergonzado, endereza el cuerpo y toma una actitud marcial. En el mismo momento el confuso rumor que producen quinientos hombres acercándose á paso rápido, le hace volver la cabeza. La columna llega y Jeromo echa una mirada ansiosa sobre el coronel, que se adelanta haciendo trotar á su caballo y entabla un diálogo con el teniente que manda la avanzada.

No oye el soldado una palabra de lo que hablan el jefe y el oficial; pero se entera perfectamente un minuto después. El teniente reúne á sus cuarenta hombres — Jeromo tiene el honor de ser uno de ellos, — les da la orden de preparar sus fusiles y... ¡adelante!

¡Adelante, pues!. El destacamento formado en guerrillas avanza por aquel terreno descubierto; por aquel tapiz tan fresco, tan blando, de un verde tan risueño, en donde no hay ni un solo árbol para parapetarse en caso necesario.

¿Estará allí, al extremo de la llanura, oculto tras aquellas cercas y aquellas enramadas, el enemigo en cuya busca va la columna?... Jeromo se dirige por centésima vez esta pregunta y el corazón vuelve á brincarle con violencia dentro del pecho; la duda le acongoja: preferiría saber que los mambises están allí, apuntando sus fusiles, prontos á arcabucear á los españoles, que no avanzar sometido á una incertidumbre terrible que le hace flojear las piernas y latir las sienes.

Apenas si un centenar de metros separa á la vanguardia del tupido follaje sobre cuyas cimas asoman los bohíos; de pronto sufre Jeromo la más desagradable conmoción que recuerde haber tenido en su vida: una brillante y rápida línea de fuego acaba de fulgurar entre la arboleda, seguida de un estampido prolongado, intenso; y al propio tiempo siente el mozo que algo pasa junto á sus orejas con siniestro silbido.

A Jeromo sí que le entra entonces el miedo; el verdadero, el legítimo, el más auténtico, sin ambages ni reservas; aquel miedo cerval que pone un sudor helado en la frente y una nube en los ojos; que hace entrechocar los dientes y estremecerse convulsivamente las rodillas y zumar los oídos. Pero lo que aumenta su pavor hasta un extremo indecible es un espectáculo que su mirada turbia contempla de súbito: á la primera descarga del enemigo emboscado ha sucedido casi instantáneamente otra, luego otra más y Jeromo ve desplomarse al suelo, caer tendidos, á todos sus compañeros. El solo permanece en pie, alelado, sumido en una especie de idiotismo, pensando vagamente que ahora dentro de un segundo van á matarle á él, como han matado á todos los demás.

—¡Échate, animal!, le grita una voz; la voz de uno de los muertos que están tendidos en derredor suyo; ¿quieres hacerte matar?

En el mismo instante, del suelo, á derecha y á izquierda, salen veinte, treinta, cuarenta disparos. Jeromo comprende... y se echa sobre el tapiz de musgo: y permanece allí inmóvil.

—Pero ¿por qué no tiras tú, mamarracho?, le grita otra voz colérica. ¿Es un fusil ó una escoba lo que tienes en las manos?

El recluta acaba de comprender..., sus dedos temblorosos procuran sujetar el Maüser, levanta un poco el cuerpo apoyándolo sobre el codo, aprieta el disparador y el estampido de su propia arma parece que le devuelve un poco, un poquito nada más, de valor y de serenidad.

\* \*

¿Cuánto tiempo hace que dura el fuego?... No podría decirlo Jeromo; pero se le figura que debe de haber pasado una hora al menos, desde que se encuentra allí, en aquella posición tan incómoda, disparando maquinalmente su fusil, oyendo el estruendoso é incansante retemblar de las descargas y el continuo silbido de las balas que se cruzan furiosamente por encima de su cabeza.

—¡Arriba, muchachos!. ¡Adelante..., y viva España!

El teniente Breñales blandiendo el sable da la señal de ataque, y el recluta hace como sus compañe-

ros: se levanta, corre como ellos, tan ligero como se lo permite aquel maldito temblor, que no le deja, de sus piernas. Vuelve la cabeza hacia atrás y ve que toda la columna se precipita como él al asalto de los bohíos. Esto le tranquiliza algo, le infunde cierto valor que hasta entonces no había experimentado.

Pero á treinta pasos de la cerca, de la arboleda, en donde están parapetados los insurrectos, Breñales y sus hombres se detienen: el enemigo hace un fuego horroroso; una nube espesa de humo, de un olor acre, que cosquillea desagradablemente los ojos y las gargantas, flota en el espacio, envuelve los troncos y las ramas de los árboles y forma como una muralla, de la cual brota una continuidad de fogonazos. Un ¡ay! angustioso, adolorido, vibra junto al recluta, á su derecha; Manuel Rubio, el aragonés, cae de rodillas, llevándose las manos al pecho. Jeromo le mira espantado; no ha tenido tiempo para ir en su auxilio, cuando otro soldado da una vuelta sobre sus talones y se desploma, como una masa inerte, atravesado el corazón de un balazo, á los pies del novato.

—¡Ahora me tocará á mí..., ahora!..., murmura éste.

Y con las plantas clavadas en el césped, fascinados los ojos por la densa y grisácea humareda de donde sale la muerte, espera con indefinible terror la bala que ha de tenderle sin vida junto á sus camaradas.

—¿Qué es eso?... ¿Por qué os detenéis, muchachos?, ruge una voz de trueno, la voz del coronel, que al frente de la columna llega hasta las avanzadas. Adelante, ¡ira de Dios, adelante!. ¡A la bayoneta y acuchilladme á esa canalla!

Una avalancha de hombres se precipita furiosa, irresistible; atraviesa veloz la muralla de humo, salva la empalizada, penetra cual la ola de un torrente desbordada en la plazoleta, en cuyo centro se levantan los bohíos.

Sin darse cuenta de cómo pudo ser, Jeromo se encuentra en primera fila, casi al lado del coronel: percibe en medio del fragor de la fusilería roncacos alaridos, blasfemias furibundas, lamentos, el extraño ruido que brota del suelo pisoteado por centenares de plantas que se mueven en todas direcciones. Y por primera vez desde que desembarcó en la isla, ve de cerca, muy de cerca, el recluta á aquellos condenados mambises, de quienes tanto ha oído hablar, que le han obligado á él á hacer un viaje de dos mil leguas, que tanto daño causan á España y á los españoles...

Jeromo distingue sus cuerpos, sus rostros: unos blancos, otros amulados, pero todos contraídos por la misma expresión de rabia, de amenaza, reflejando las ansias del odio, de la destrucción.

Y sin darse tampoco cuenta de cómo ha sido, Jeromo, que avanza siempre, sumido en una especie de sonambulismo, y sigue disparando su fusil maquinalmente, se encuentra de súbito ante un hombre acorralado junto á un muro: un hombre alto, barbudo, de pupilas que parecen brasas encendidas y cuyo brazo levanta al aire un machete de afilada y reluciente hoja. El recluta agacha por instinto la cabeza y por instinto alarga violentamente sus dos manos que empuñan el Maüser. ¡Qué nueva é inexplicable sensación la que experimenta entonces!. La bayoneta ha penetrado entera en algo blando, algo que no ha opuesto resistencia, y al dar un brinco atrás con un impulso tan inconsciente como los anteriores, al retirar el acero manchado de sangre, ve Jeromo caer, despidiendo un quejido desgarrador, al hombre barbudo, con el vientre abierto...

\* \*

Ha terminado el combate: el enemigo abandonando el campo huye al amparo de los cañaverales, perseguido por los últimos disparos de las tropas, dejando sobre el terreno una docena de cadáveres.

Sobre uno de éstos, cuyos ojos vidriosos parecen contemplar con profundo horror el radiante azul del cielo, fija Jeromo su mirada atónita. En su mente, que poco á poco recobra la conciencia de lo que acaba de pasar, sólo aletea un pensamiento:

—Yo soy el que ha matado á este hombre... ¡yo!..., ¡Virgen Santa!. ¿Es posible que yo haya llegado á matar á un hombre, á un semejante mío?

—¡Bravo, muchacho! Te portaste como un héroe, le dice el teniente Breñales sonriendo; principias bien; el bayonetazo ha sido de órdago: un mete y saca como no lo hace mejor el *Guerrita*.

El teniente se ríe de su chiste; los demás soldados se ríen también, y únicamente Jeromo, pálido y estremecido, continúa diciéndose:

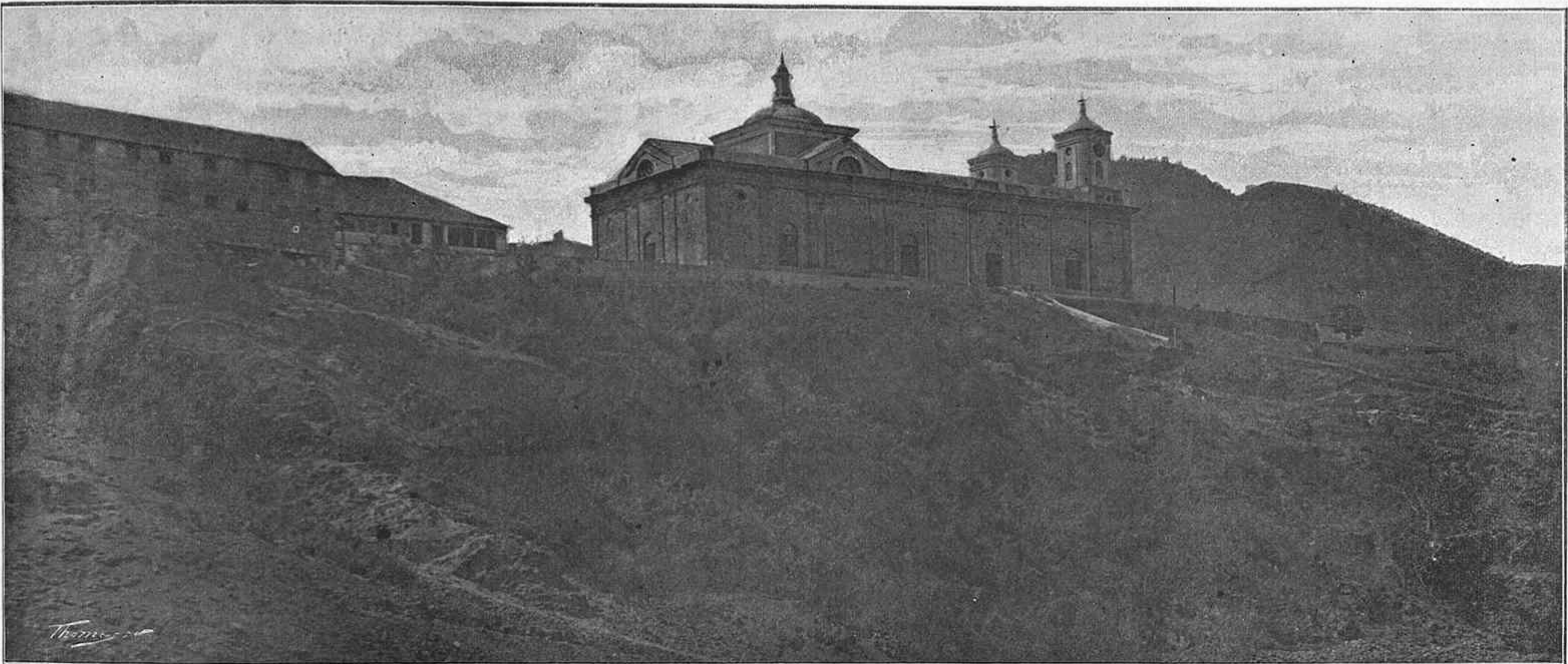
—¡Dios mío! ¿Es posible que yo haya matado á este hombre..., á un semejante mío?

JUAN BUSCÓN

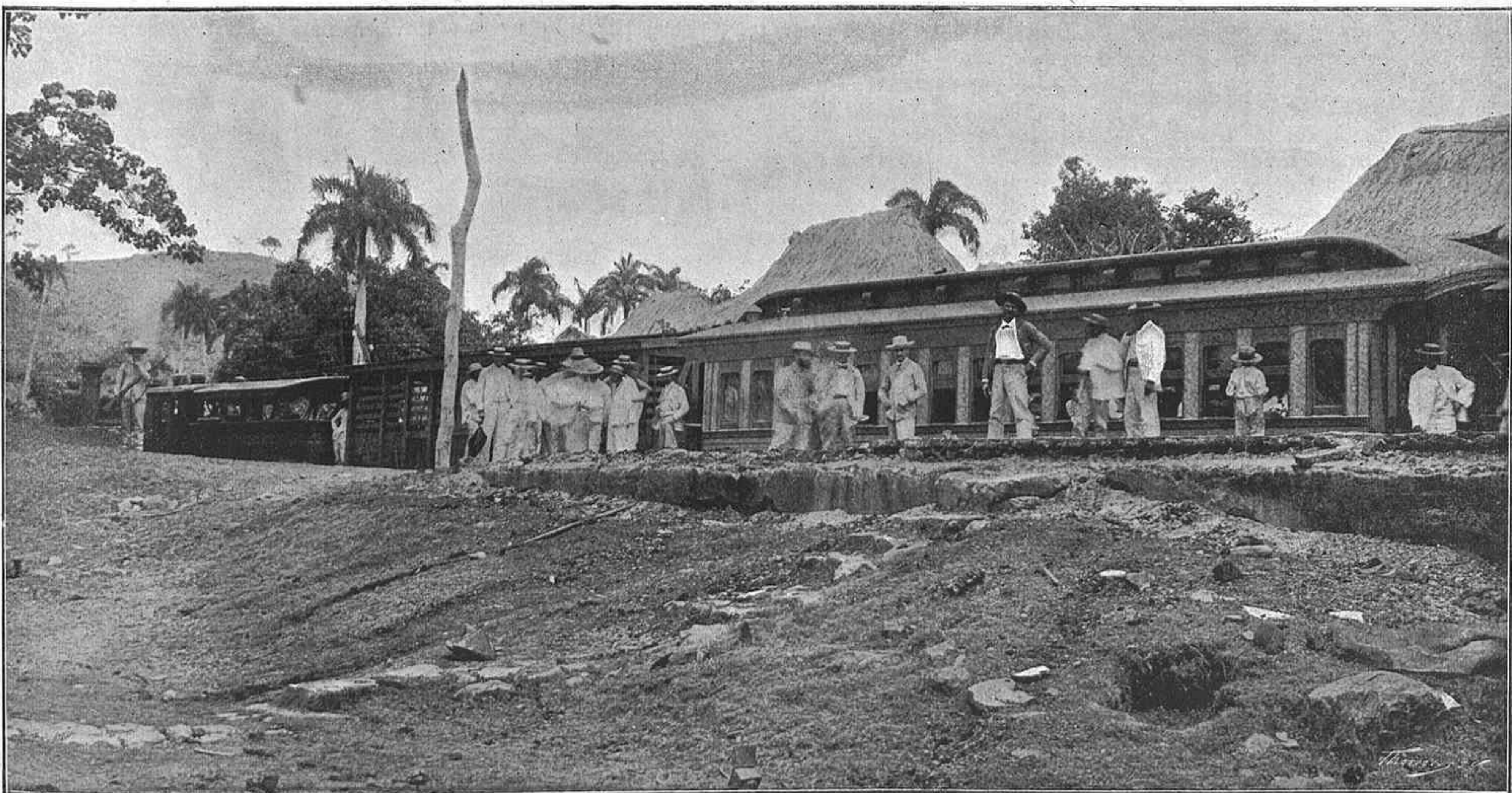




COMPañÍA DEL BATALLÓN DE LEÓN que más se distinguió en el combate del ingenio Triunfo el 29 de abril último



SANTUARIO DEL COBRE, atacado en el mes de abril por la partida de Cebrero



RUINAS DE LA ESTACIÓN DE BONIATO en el ferrocarril de Sabanilla y Maroto (Santiago de Cuba), incendiada por los insurrectos en 29 de mayo último



## EL VOLUNTARIO

Como entonces no existía la guardia civil, podían campar por sus respetos los *mosos güenos*.

De cuando en cuando daba algunas batidas la tropa, en diversas provincias de España, donde vagaban partidas de ladrones.

Los *Josés Marías* y los *Niños de Écija* y otros *caballeros* eran los amos de cortijos y aun de pueblos, en parte de Andalucía.

¡Que eran de ver aquellos majos, vestidos de corto, en días solemnes, cuando se presentaban en las ferias con igual tranquilidad que los hombres de bien, con sus caballos enjaezados y el retaco siempre á mano, para un caso de honra!

¡Cómo vivían, y cómo gastaban y qué generosos eran con los pobres, con el dinero de los ricos!

¿No habían de llamar la atención é inspirar envidia á los campesinos rústicos y á los peones, tan maltratados por la suerte?

Una carrera tan corta y tan bonita y de tanto lucimiento, aparte de las quiebras naturales, estimulaba á la juventud predispuesta para empresas *caballerescas*.

Andar caballero por valles y vericuetos, y pasar los días en la sierra, y verse halagado por la gente tímida, y enamorado por las mozas de mérito, también de suyo *cabayeras*, ¿no había de encantar á los mozos *soñadores*?

Eran los caballeros andantes de los tiempos modernos, libres de pechos, alcabalas y monedas foreras.

Solamente que reformando el lema «Dios y mi dama» por el de «La bolsa ajena y mi dama.»

Andaba por la provincia de Sevilla el Sr. José, como le nombraban las gentes, con su partida.

Los muchachos de los pueblecillos servían en ocasiones de espías á los bandidos, y aun las personas mayores prestaban el mismo servicio á los *cabayeros*, más por temor que por cariño, aunque siempre admirando la grandeza de aquellos *guapos*.

Entre los chavales de uno de los pueblos inmediatos á la hermosa Sevilla, había uno de quien no podía hacer carrera su tío, que era un hombre bueno y honrado, labrador y dueño de unas *jazas* de terreno, que cultivaba con esmero.

Juan sentía aspiraciones más *levantadas*.  
— Eso de trabajar como una *cabayería*, solía decir, no es pa mí.

— ¿Qué quieres tú, niño, que te jagan corregidor?, replicaba el tío.

El muchacho no cesaba de darle vueltas en la cabeza al proyecto de emancipación de la servidumbre del terruño.

Un día se resolvió por fin.  
Llegó á un cortijo en las cercanías de Carmona la gente del Sr. José con su jefe.

Almorzaron tranquilamente, dejando los caballos al cuidado de dos vigilantes, y se dispusieron á marchar.

Estando en la puerta del cortijo, vieron llegar á un mozalbete, bien plantado y desenvuelto.

— ¿Adónde se va, amigo?, le preguntó uno de los de la cuadrilla, en cuanto le tuvo al habla.

— A la pa é Dios, *cabayeros*, respondió saludando. Y luego preguntó con desembarazo:

— ¿Dónde está er señó José?

— ¿Pa qué le quieres?, le dijo él mismo.

— Pues porque quiero que me lleve con su partía. José le miró de arriba á bajo, y después, sonriendo, le dijo:

— Muchacho, ¿tú estás loco?

— No señó, que sé lo que me digo.

— Yo soy er señó José.

— Pues, señó José, jágame usté el favó de yevarme consigo?

— ¿Y tú sabes, chaval, á lo que te expones?

— ¿A que me ajorquen? ¿Y qué? El hombre ha na-sío pa eso.

— ¿Pa que le ajorquen?

— Pa morir cuando Dios quiera.

— ¿Y tu familia, chiquiyo?

— No tengo pare ni mare, ni hermanos ni na.

— ¿De suerte que tóo lo yevas contigo?

— No sirvo pa trabajar en er campo y me gusta la vida que yeváis ustedes, y... ¡que no vuelvo á mi casa, vamos!

— ¿Y si te arrepientes aluego?

— Entonse manda usté que me amarren á la cola de un caballo.

Agradó á José María aquella respuesta y dijo al mozo:

— ¿Y la vida que yevamos? ¿Y las fatigas que nos hacen pasar los sordaos?

— Na, replicó resuelto el mancebo.

— ¿Y tú sabes amontar?, le preguntó el jefe.

— Ya lo creo.

— A ver, ordenó José, amonta en esa mula.

Y diciendo esto, le indicó una acémila, donde llevaban el *jato*; es decir, mantas, víveres y dinero.

Ni tardo ni perezoso, saltó Juan sobre la caballería con asombrosa agilidad.

— Anda y que te veamos dir.

El mozo arreó á la mula, y ésta salió á buen paso. Los tunantes jaleaban al muchacho, por divertirse.

Y él continuaba marchando.

— ¡Ole por los jinetes!

— ¡Que vivan los mosos güenos!

Cuando ya iba caminando un rato, le llamó el señor José.

— ¿No oyes, tío?, vuelve ya pa acá.

El mancebo no se daba por aludido.

— ¡Que vuervas, niño!, vocearon algunos bandidos.

Peró Juan no entendía.

Al contrario, castigaba á la mula para que marchara con más prisa.

— ¡Eh, niño!, le gritaban.

— Y toavía me están esperando, decía el Sr. Juan Caballero, cuando después de indultado y al amor de la lumbre relataba esta historieta y otras varias de su vida pública.

— Así prinsipié yo mi carrera, añadía.

Y luego, como si tratara de un genio guerrero, exclamaba, filosofando:

— El hombre que ha de valer pa algo, lo demuestra de seguida que jaya ocasión.

Y se quedaba tan fresco después de desahogarse de este pensamiento.

Por el relato del Sr. Juan,

EDUARDO DE PALACIO

## LA CORRIDA FILANTRÓPICA

Cuento realista

## I

Fué una barbaridad del alcalde presidente del ayuntamiento el titularla así; pero creyólo más pulcro, y como el gobernador de la provincia, que tenía mala intención, aprobó el cartel, la corrida llamóse así. Eso sí, fué organizada con la más sana intención. La provincia (y cuenta que no es la de Madrid) venía desde años atrás sufriendo todo género de calamidades, terremotos, inundaciones, bandidos, secuestradores, caciques y comisionados de apremios; nada le faltó de la balumba nacional. A consecuencia de todo esto, la miseria era grande y los pobres competían en número con las bandadas de langosta.

La corrida, pues, estaba indicada. ¡Es tan grato hacer el bien divirtiéndose!

La diputación y el ayuntamiento no omitieron medio á fin de que la fiesta fuera productiva y notable, tan notable, que creo que no se ha celebrado otra igual, ni de tan trascendentales consecuencias.

Pidiéronse seis toros y dos bueyes de reserva á la antigua y acreditada ganadería de Bocigas, y desde este punto arrancan las excentricidades de esta función sin par en los fastos taurómicos.

Porque las seis reses que debían lidiarse eran hermanas de padre y madre, y tan iguales entre sí, que en el campo y los corrales los vaqueros *confundían* los toros unos con otros. Todos tenían la misma alzada y peso y todos eran botineros en blanco y cornalones hasta la exageración. Hasta en los nombres que tuvieron á bien darles había una afinidad dislabada sorprendente.

Llamábanse respectivamente: Talón, Telón, Tolón, Montón, Velón y Melón.

Respecto á los bueyes de reserva, como todos los de carreta, atendían á los nombres, uno de Roldín y otro de Oliveros, en recuerdo del sobrino de Carlomagno, y del más esforzado de los pares de Francia.

La *high-life* de la ciudad había secundado los caritativos propósitos de las autoridades. Un filántropo mandó pintar á su costa la barrera y contrabarrera de la plaza, que estaban algo deslucidas, y un señor caritativo costeó diez trajes muy vistosos para otros tantos monos sabios.

He usado con intención las palabras filántropo y caritativo, para indicar que el primero era protestante y el segundo católico-apostólico-romano.

Porque la filantropía es genuinamente protestante y la caridad católica.

La viuda de un pirotécnico regaló las banderillas de fuego (por si se necesitaban) en recuerdo de su difunto esposo.

Peró lo más notable de la corrida fueron las seis moñas que lucieron los toros, mandadas confeccionar por dos señoras y cuatro señoritas de la ciudad. No haré gran mención de estas últimas (y eso que

me gustan mucho las solteras), porque nada sé de ellas y además porque las dos damas casadas exigen preferentemente mi atención.

La condesa del Espino, *née Aiguillon*, como dicen en Francia, era francesa, tenía una edad crepuscular y un físico que se prestaba á controversias; pero su parte moral era exquisita, é indiscutible su elegancia. Hacía seis años que estaba casada con el conde del Espino, título de Castilla que esperaba  *cubrirse* pronto de Grande de España; y precisamente días antes de la corrida filantrópica, ambos cónyuges habían tenido la inesperada é inmensa satisfacción de que la condesa se sintiera por primera vez en estado interesante. Esta alegría se reflejó, pues, en la moña que aquella regaló para que la ostentase el primer toro de plaza, y fué casi una obra monumental. Era chinesca, hecha de cintas y gasas de raso; representaba una gigantesca flor de loto en cuyo abierto cáliz veíase al emperador de la China rodeado de porcelanas, por supuesto de gasa; y vean ustedes por qué raro capricho *un hijo del cielo* tuvo la honra de alternar con toreros españoles.

Otra moña de las más notables fué la de la señora de Torrelodones. Puede calificársela de bucólico-marítima, porque estaba adornada de camarones, almejas y boquerones fritos, que aunque hechos de cinta, estaban diciendo: «¡Comedme!» Ya habrán ustedes comprendido que me refiero á la moña, no á la señora de Torrelodones, aunque ésta era una recién casadita, joven apetitosa y bonita sobre todo encomio. Su esposo, riquísimo hacendado, estaba también, como el conde del Espino, loco de alegría por idéntica causa que éste, es decir, porque para dentro de tres meses, días más ó menos, esperaban tener en su matrimonio el primer fruto de bendición.

De las cuatro moñas restantes nada diré sino que eran vistosas y sencillas, como correspondía al estado honesto de las señoritas donantes.

Con estos antecedentes de toros, moñas y demás zarandajas, y con la fama de los lidiadores contratados, no creo exagerado consignar que en la ciudad y en toda la provincia se esperaba el día de la corrida con febril ansiedad.

## II

Llegó la hora feliz y deseada.

La tarde estaba magnífica, y la plaza, magüer el subido precio de las localidades, llena de bote en bote. Presidía la autoridad competente, aunque no en materias taurómicas, en vista de que tuvo que aguantar cuatro silbas; y hecha la señal, presentáronse en el redondel los tres espadas escriturados, seguidos de sus respectivas cuadrillas.

Los tres matadores estaban bautizados; pero el discreto lector me permitirá que sólo los nombre por su mote ó apodo.

El primer espada se llamaba *Telones*, por los muchos que daba.

El segundo, *Cachili*, porque siempre toreaba fuera de cacho.

El tercero, *Moquili*, porque las raras veces que le aplaudían se le caía la moca de gusto.

En la primera parte de la corrida, esto es, durante la lidia de los tres primeros toros, no ocurrió nada digno de mención. Los lidiadores sentáronse en el estribo á fumar modestos cigarros de papel, y salieron las cubas á regar la plaza, como sucede en varias de provincia.

Minutos después comenzó la segunda parte.

Nunca segundas partes fueron buenas, como dijo Cervantes; pero ni éste, ni los espectadores de aquella corrida, ni ninguno de los nacidos ha podido imaginar siquiera una parte segunda más desastrosa.

En primer lugar, y como enunciación, el primer toro, ó sea el cuarto de la corrida, dió una caída á un picador apodado *Poquito-vino*, porque se bebía dos arrobas sin sentirlo mayormente. Fué tan tremendo el golpe, que al impulsarle el toro contra la barrera le deshizo el botín y le hizo añicos la mona, con tal extremo, que un pedazo de ésta saltó á un tendido en donde se hallaba un carabinero, y se le clavó en un ojo.

En la suerte de matar, este toro dió mucho que hacer á *Telones*; el animal esperaba seis ó siete seguidos, pero antojósele al diestro tomarle con una de esas garatusas llamadas pases de contra salida, y defraudado aquél en sus esperanzas, se arrancó al matador, el cual pudo tomar el olivo, pero manchándose el traje lila que llevaba de chafarrinones rojos, porque, como ya he dicho, la barrera estaba recién pintada y no seca del todo en aquella parte de la sombra. Este percance parece ligero, y no lo fué, como diré más adelante.

Como me falta espacio, mataré á este toro de un gollete, como lo hizo *Telones*, y pasaré á reseñar la



muerte de los dos últimos cornúpetos, pues aquí es donde está el meollo de esta filantrópica corrida.

Cuando *Cachili*, el segundo espada, tomó los avíos de matar y se fué resueltamente á la fiera, el público creyó resarcirse del anterior golletazo; pero sepan ustedes la sucesión de cosas que acaecieron en menos de cinco minutos. El diestro tomó en abanico al toro, colósele éste, le enganchó por la entrepierna y con un poderoso derrote le arrojó al tendido. Cayó *Cachili* sobre un pastor protestante, que estaba de incógnito viendo la corrida, y se rompió una pierna no obstante haber caído en blando. Resonó un grito desgarrador en uno de los palcos, y la señora de Torreledones, de cuyos labios provenía aquel grito, y que era tan nerviosa como guapa, cayó al suelo presa de un síncope, y tuvo que ser llevada á su casa.

Bajo tan malos auspicios comenzó la lidia del último toro. Cuando *Moquili* salió á matarle empezaba el crepúsculo, y fuese casualidad ó augurio, una *sinistra* corneja atravesó la plaza volando. El muchacho (como dicen los revisteros) preparó al bicho con nueve pases pasables y se tiró arrancando, con tan mala fortuna, que fué enganchado por el toro por debajo del sobaco. Cayó al suelo, sin puntazo. *Telones* metió oportunamente el capote; pero la fiera, que no hacía caso de telones ni de bambalinas, volvió á recoger á aquél y le volteó entre la cuerna, infiriéndole una herida mortal en el lado derecho del pecho.

Yo presenciaba la corrida en un palco inmediato al que ocupaba la condesa del Espino, y noté desde luego la intensa atención que prestaba á la lidia de *Moquili*. Cuando éste fué enganchado palideció, y cuando el diestro fué cogido soltó aquella los gemelos, que cayeron sobre uno del tendido y causáronle un chichón.

*Moquili* fué conducido á la enfermería



LA NIÑA Y LA CABRA, cuadro de Luis Jiménez Aranda (Exposición de Bellas Artes é Industrias Artísticas de Barcelona de 1896)

y á los pocos momentos era ya cadáver, como dicen los periódicos; pues, según parece, desde que hay prensa periódica, la putrefacción de los muertos empieza instantáneamente.

III

Consecuencias de la corrida filantrópica:

*Benéficas.* — La corrida produjo 4.000 pesetas, y como según la estadística, había en la provincia tres mil cuatrocientos treinta menesterosos, cada uno de éstos percibió cerca de un real de vellón, con el que pudo proporcionarse un refrigerio, consistente en un ceneque y una lamparilla.

*Materiales.* — Pérdida de un ojo por parte del carabinero que recibió en aquél un fragmento de la mona del picador *Poquito-vino*, y relajación de la columna vertebral del pastor protestante, sobre el cual cayó *Cachili* al ser arrojado por el toro al tendido.

*Fisiológicas.* — La señora de Torreledones, impresionada, sin duda, por el *vuelo* del segundo espada, abortó una niña muerta, y estuvo en peligro de muerte. Se restableció, y... aquí entra lo maravilloso: desde los primeros días de la convalecencia se diseñaron extrañas arrugas en sus antes tersas mejillas, y en cada una de éstas dibujóse en bajo relieve un toro, tan cornalón, que la punta de entrambas astas llegaba hasta el lagrimal de los ojos. Deduzcan ustedes las consecuencias: la pobre señora está desde entonces desesperada por la pérdida de su notable hermosura, y porque su marido, que antes no se separaba de su lado, se pasa largas temporadas en Madrid y Sevilla.

Cuando la ciudad iba reponiéndose del asombro que le produjo este caso, hallóse con otro fenómeno. La condesa del Espino dió á luz á su debido tiempo un robusto niño, pero tan cabezudo, que el conde



El hogar del pescador, cuadro de Francisco Miralles (Salón Parés)





FIN DEL REY D. JUAN II DE AÑAGÓN, estatua de Rafael Atché

(Premiada en la Exposición de Bellas Artes de Barcelona de 1896)





FLORECILLA CAMPESTRE, dibujo de N. Méndez Bringa



piensa, y con razón, que cuando á su primogénito le llegue el turno de *cubrirse* Grande de España, no va á haber sombrero que le baste. Otro matrimonio desgraciado.

**Artísticas.** — Como *Cachili* se rompió una pierna al caer en el tendido, tuvo que cortarse la coleta. De *Moquili* no sé nada, puesto que murió á consecuencia de la cogida. Respecto á *Telones* sólo diré que él, que ya tenía tendencia á la jindama, ahora da la mayor parte de las estocadas á la atmósfera. De suerte que la tauromaquia ha perdido á casi tres de sus más distinguidos representantes.

A cualquiera cosa llama cualquier alcalde corrida filantrópica.

F. MORENO GODINO

NUESTROS GRABADOS

**Mistress Beecher Stowe.**—A la edad de 86 años falleció el día 2 del corriente en Connecticut esta notable escritora norteamericana, que deja á la posteridad un nombre ilustre y



MISTRESS BEECHER STOWE, célebre escritora norteamericana, autora de la popular novela *La cabaña de Tom*. Falleció en 2 de julio de 1896

un libro inmortal y el recuerdo de una existencia apasionada por el bien, llena de amor, de abnegación y de sacrificios. En su juventud fué maestra de escuela, y durante una estancia en los alrededores de Cincinnati pudo conocer los sufrimientos de los esclavos, que encontraban siempre en su casa un asilo seguro contra las persecuciones de sus amos, y que gracias á ella y á sus hermanos conseguían pasar al territorio canadiense. En 1850 comenzó á publicar en una revista de Washington, la *National Era*, la conmovedora novela *La cabaña de Tom*, de la que se vendieron en América, en los tres años que siguieron á su publicación en tomo, 313.000 ejemplares, y de la que se publicaron traducciones en todos los idiomas, incluso el armenio, el árabe, el chino y el japonés, sin contar las innumerables adaptaciones dramáticas que de ella se hicieron. Con este libro y los que del mismo género le siguieron, tales como *La llave de la cabaña de Tom*, *El esclavo cristiano* (drama), *La emancipación del tío Tom*, mistress Beecher-Stowe contribuyó más que los políticos á la grandiosa obra de la redención de los esclavos. Desde hacía algunos años, la célebre escritora vivía retirada, unas veces en Hartford, su villa natal, y otras en la Florida, en donde poseía una plantación de naranjos.

**Goya, dibujo de J. Llovera.**—No hace mucho los principales periódicos dedicaron entusiastas elogios á una colección de dibujos y cuadros que en la capital francesa expuso nuestro estimado paisano y colaborador Sr. Llovera. El nombre de éste era ya conocido ventajosamente en París, como lo es en los más importantes centros artísticos de toda Europa, en donde son muy solicitadas las obras del ilustre pintor reusense, y sin embargo, nunca los elogios habían sido tan entusiastas, con haberlo sido siempre mucho, ni el éxito entre la masa del público tan franco, tan espontáneo como en esta ocasión. Y es que Llovera se manifestaba en sus últimas obras bajo un aspecto nuevo: los que creían que era un artista exclusivamente dedicado á los asuntos ligeros y aficionado á los procedimientos fáciles, hubieron de rendirse á la evidencia y confesar que el autor de aquellas joyas artísticas era un dibujante y un pintor en toda la extensión de estas palabras; un artista para quien la técnica del arte no tenía secretos y que con facilidad pasmosa ponía los más difíciles recursos al servicio de su alta inspiración. El éxito material correspondió á los aplausos que unánimemente le prodigaron cuantos vieron sus producciones, pues éstas, en su mayoría, se vendieron á precios elevadísimos. Una de las obras en París expuestas, y de las que más llamaron la atención, es el precioso retrato de Goya que reproducimos en la primera página de este número: por ella podrán juzgar nuestros lectores el paso de gigante que en su carrera ha dado nuestro distinguido amigo, á quien de todas veras felicitamos por los triunfos obtenidos en la capital de Francia, uno de los primeros emporios del arte moderno, y cuyo voto, por consiguiente, es voto de calidad en esta mateira.

**La guerra de Cuba.**—A la amabilidad de D. Aurelio Ferrer, de Santiago de Cuba, debemos las cuatro fotografías que acerca de la guerra de Cuba publicamos en este número y que representan otros tantos episodios de aquella lucha tan distinta de todas las que registra la historia, lucha sin grandes batallas, abundante en encuentros sin importancia decisiva, que

sólo sirven para acreditar más y más el heroísmo de nuestros soldados; en ataques de posiciones aisladas, cuyos defensores suplen con su valor indomable la escasez del número; en destrucciones de líneas férreas é incendios de ingenios, á que se entregan los insurrectos con inusitada frecuencia y que poco á poco van devastando y arruinando aquella hermosa isla. De todos estos sucesos ofrecen muestras las citadas fotografías: en una de ellas vemos á la compañía del batallón de León, que más se distinguió en el combate del ingenio del Triunfo, librado en 29 de abril último; otra es una vista del santuario del Cobre, que en el propio mes fué atacado por la partida de Cebrero; la tercera reproduce las ruinas de la estación de Boniato en el ferrocarril de Sabanilla y Maroto, incendiada por los insurrectos en 29 de mayo; y la última las de la casa quinta *Kindeland*, también incendiada por los insurrectos durante el ataque dirigido en 27 de abril por los insurrectos contra el poblado del Cristo, en Santiago de Cuba.

**Fin de D. Juan II de Aragón, estatua de Rafael Atché.**—La vigorosa genialidad de Rafael Atché ha hallado en el legendario personaje de la monarquía aragonesa D. Juan II un medio para manifestarse, robustecida con la fantasía del artista y el sentimiento del poeta. Difícil es expresar ó representar con el sello de la verdad las torturas de la materia y del espíritu en un monarca, de triste recordación para el pueblo catalán, padre de un príncipe, el de Viana, á quien sus vasallos en la intensidad de su afecto elevaronle hasta la santidad, y Fernando el Católico, de gran significación para la historia patria, unificador de la nacionalidad española. Su reinado distínguese por lo luctuoso. En la vida de Juan II reconcéntranse las aspiraciones del pueblo catalán, amante de sus fueros y libertades, afecto y respetuoso para sus príncipes, conforme lo demuestra la rebelión de los *remensas* y el odio al despiadado padre á quien se atribuyó la muerte del joven príncipe de Viana, para favorecer los intereses de Fernando, hijo de la habilidosa doña Juana Enríquez. La obra producida por el Sr. Atché resulta un hermoso estudio, vigorosamente modelado, en el que se descubren las huellas de todas las energías y de la potente imaginación de un artista á quien el Jurado de la Exposición de Bellas Artes ha debido premiar, pues á ello tenía derecho por sus méritos, por su nombre y por la valía de la obra expuesta.

**Sir John Pender.**—El día 7 del corriente mes falleció repentinamente en Londres sir John Pender, á quien se conocía con el nombre de «rey del cable.» Nació en 1816 y viajó durante casi toda su vida por China, India, América y por las colonias británicas, adquiriendo gran caudal de experiencia mercantil. Sus servicios prestados á la telegrafía submarina le conquistaron universal y merecida fama: él fué el iniciador de la empresa del primer cable del Atlántico, y vióse arrastrado en la quiebra de la misma, que le hizo perder una parte de su fortuna. A pesar de esto, cuando el mundo financiero se mos-



SIR JOHN PENDER, el llamado «rey del cable», fallecido en Londres en 7 de julio de 1896

tró poco dispuesto á secundar la empresa del *Great Eastern*, sir Pender, lleno de confianza en su proyecto, garantizola con 225.000 libras esterlinas: el éxito más completo coronó sus esfuerzos, y á aquel cable siguieron pronto otros, el del Mediterráneo, el australiano, el del Africa del Sur y varios más, todos los cuales se establecieron bajo su inmediata dirección.

**La niña y la cabra, cuadro de Luis Jiménez Aranda** (Exposición de Bellas Artes é Industrias Artísticas de Barcelona de 1896).—El bonito lienzo que reproducimos en las páginas de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA es fehaciente testimonio de las cualidades artísticas del distinguido pintor D. Luis Jiménez Aranda, quien atento á las evoluciones sucesivas que en el arte se han ido operando, hase ajustado á ellas sin abdicar por ello de los principios y conceptos que informan las producciones de los más eximios artistas de la escuela española. A la inteligente elección de medios, al uso acertado de la gama de su paleta y al elevado concepto á que subordina su habilidad y aptitudes, debe nuestro amigo la fama de que goza. Su cuadro *La niña y la cabra* es una hermosa nota digna de llamar la atención de los inteligentes.

**El hogar del pescador, cuadro de Francisco Miralles** (Salón Parés).—En las playas del litoral de Cataluña surgen periódicamente improvisados pueblecillos de pescadores, cuyas viviendas, harto miserables, dan á conocer la afanosa y ruda existencia del honrado y laborioso pescador. Una tienda de lona, formada por los restos de velamen, ó una cabaña de paja y adobes, constituye el hogar. En ella albergase la familia, y en ella halla el reposo y consuelo el jefe de ésta al regresar de la pesca. Tal es el asunto que ha tratado de representar el distinguido pintor D. Francisco Miralles, que dando manifiesto testimonio de su ingenio, avalora la producción con el sentimiento que ha logrado imprimir en la misma, resultando una nota delicada y sentida, á la vez que una hermosa página de costumbres del pueblo catalán.

**Eva Canel.**—LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, que se ha honrado con la colaboración de tan distinguida escritora, tributa hoy, al publicar su retrato, homenaje de respeto y admiración á la patriota entusiasta que en la isla de Cuba y en toda Amé-

rica defiende con su elocuente palabra y con su fogosa pluma la causa de España. Recientemente, en el Círculo Español de México, dió una conferencia, volviendo por el buen nombre de España, tan calumniado por ciertos elementos americanos, contestando como se merecen los procaces insultos del jingoí-



EVA CANEL, distinguida escritora y Secretaria de la Cruz Roja en la Habana (de fotografía de los Sres. Otero y Colominas, de la Habana)

mo yankee y demostrando cómo mienten los que llaman crueles á nuestros generales y soldados, y cómo éstos, ante los enemigos vencidos, olvidan todos los padecimientos sufridos por su causa, y sólo en los más humanitarios sentimientos inspiran su conducta hacia ellos. Eva Canel, además, como secretaria de la Cruz Roja en la Habana, ha prestado inmensos servicios en los hospitales militares asistiendo á los heridos y prodigándoles los cuidados de madre cariñosa y los consuelos de mujer cristiana; que en ella el corazón vale tanto como la cabeza, y eso que la cabeza es verdaderamente privilegiada. El retrato que publicamos nos ha sido remitido por los Sres. Otero y Colominas, á quienes agradecemos la ocasión que nos ofrecen de atestiguar una vez más nuestro cariño á la amiga ausente.

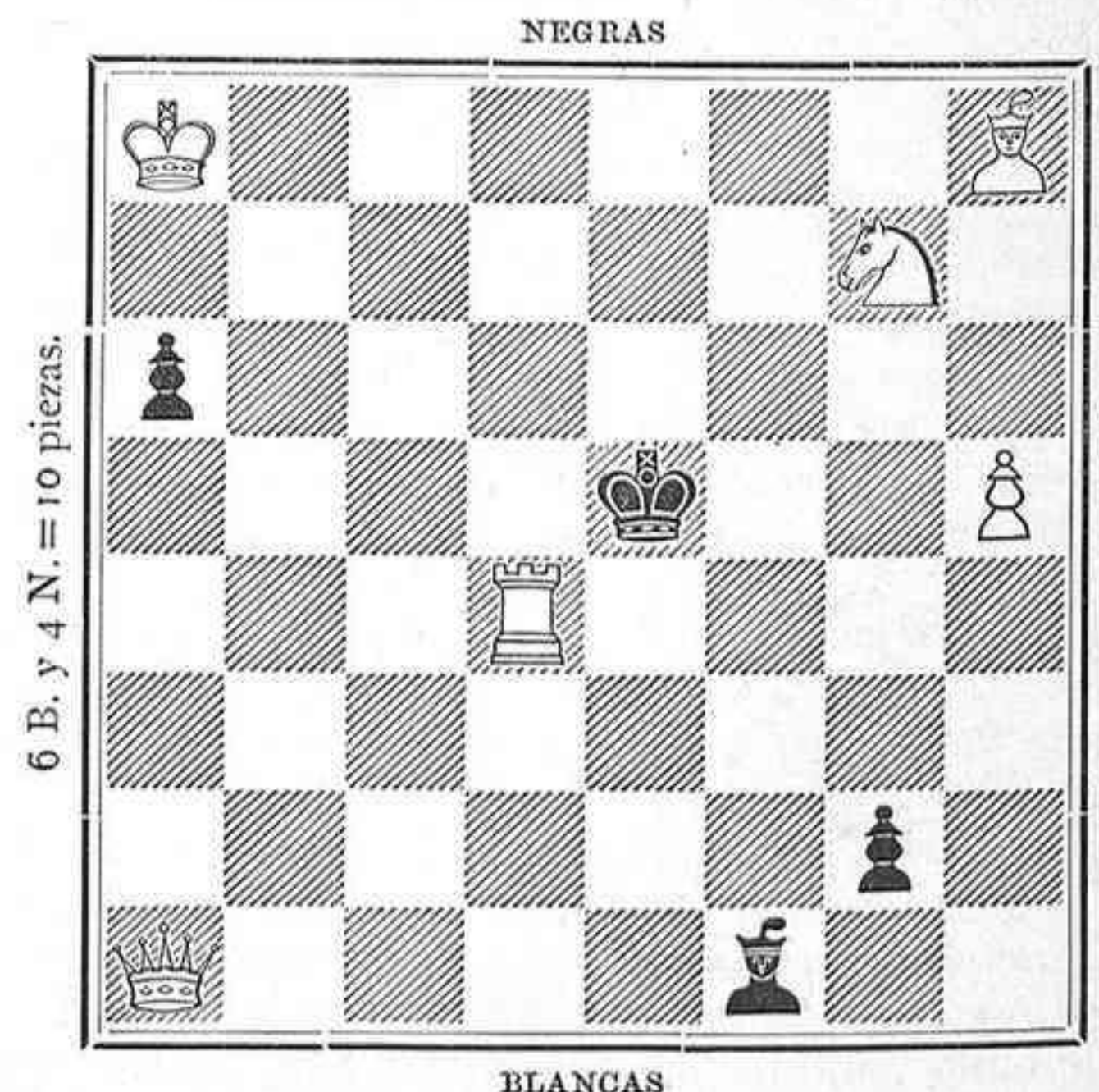
**Floreilla campestre, dibujo de N. Méndez Bringa.**—Aunque la especialidad de este artista son los tipos cortesanos, de cuando en cuando endereza su espíritu de observación á otros asuntos más poéticos, y buscando inspiración en la vida del campo traza composiciones tan bellísimas como la que hoy ofrecemos á nuestros lectores. *Floreilla campestre*, sin apartarse de la realidad, á que se amolda siempre el celebrado dibujante madrileño, es una composición altamente poética: aquel paisaje esmaltado de flores, aquella línea de montañas que se destaca en el fondo, aquella luz suavísima que comunica dulces matices á cada planta y á cada árbol, y sobre todo aquella figura de niña, son de una poesía encantadora, nos llegan al alma y nos hacen sentir esa emoción intensa que es el mejor premio para el artista.

**El Ferrocarril, estatua en bronce de Mariano Benlliure, fundida en los talleres de D. Federico Masriera.**—Sea cual fuere la obra que modele, siempre las producciones de Mariano Benlliure distingúense por su magistral ejecución y por el sello especial característico de todas ellas. Variadísimos son los géneros cultivados por el eximio artista; y á pesar de su variedad, siempre resulta vigoroso y potente. Muestra inequívoca de su envidiable ingenio ofrécnos las obras que de él figuran en la actual Exposición de Bellas Artes. Todas recomiéndanse por su belleza y la facilidad de modelado. Benlliure produce sin fatiga y con la seguridad y firmeza de los que sienten y comprenden el verdadero arte.

Devotos de tan distinguido escultor, aprovechamos la ocasión de publicar la hermosa estatua destinada á figurar en el monumento dedicado á la memoria del Marqués de Campo, para tributar un aplauso al inspirado artista y un afectuoso saludo al amigo.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 28, POR VALENTÍN MARÍN (Mención honorífica del Concurso de Würzburg)



Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 27, POR V. MARÍN

- |                  |                |
|------------------|----------------|
| Blancas.         | Negras.        |
| 1. D7AD          | 1. Cualquiera. |
| 2. D,C ó T mate. |                |





... en Viena recibió el golpe de gracia. El doctor Karl desapareció...

## DOS ANONIMOS

NOVELA ORIGINAL DE FLORENCIO MORENO GODINO, ILUSTRADA POR JOSÉ CABRINETY

(CONTINUACIÓN)

A las once en punto llegó la vaquera. Felicio, que estaba en acecho en la puerta de su cuarto, hízola entrar en él.

— No me voy hasta dentro de unos días, dame esa carta que por ahora es inútil.

La vaquera se la dió, cruzaron algunas palabras y Juana se fué un tanto sorprendida, pensando: «Este señorito Felicio siempre ha sido algo raro.»

Las vecinas no se enteraron de nada, tenían cerrada la puerta de su habitación y cosían y cantaban.

A las doce menos minutos llegó Felicio á casa del marqués de Criptana. El portero, aquel portero tan brusco con doña Aurora Porcel, alias la *Perdigona*, advertido por su amo, recibió al joven como si le esperara. Abrió la puerta de cristales de la escalera para darle paso y tocó el timbre. El portero de estrados estaba en su sitio y condujo á aquél á un gabinetito en donde ardía una opulenta chimenea. A poco rato se presentó Delfín, el ayuda de cámara del marqués.

— ¿Es usía el Sr. D. Felicio Valcárcel?

— Sí.

— El señor marqués aguarda á usía.

Alzó un *portier*, como indicando al joven que pasara, y atravesando otra pieza, le condujo al comedor.

El marqués estaba ya sentado á la mesa. Vestía una americana encarnada de franela y pantalón de lo mismo. Se levantó, adelantó algunos pasos al encuentro de Felicio, dióle la mano y dijo con amable sonrisa:

«Dispense usted que le reciba en este traje. Trato á usted como antiguo amigo.»

Hizo sentar al joven á su lado. El comedor era grande, tenía revestidas las paredes de roble y una gran chimenea rebosando fuego. Dos criados sirvieron el almuerzo en vajilla de porcelana de Sevres. Mientras almorzaban, hablando de cosas indiferentes, el marqués seguía observando á su joven invitado: le halló natural, fino sin afectación y sin sombra de encogimiento.

— ¿No tiene usted familia, señor marqués?, preguntó Felicio.

— Sí, amigo mío. Pero mi mujer pasa el invierno en Andalucía, huyendo del frío, y mi única hija está en una pensión de París.

Terminado el almuerzo, el marqués dijo á Delfín, que se asomaba de vez en cuando al comedor:

— *Portez le café au fumoir.*

La pieza de fumar desvaneció un tanto á Felicio, por los muchos objetos que en ella había. Conociase que era la habitación predilecta del dueño de la casa, que había resumido allí todas sus aficiones, y por eso no era precisamente un fumadero, sino un *mare magnum*. Cuadros que representaban escenas hípicas, panoplias con armas antiguas y modernas; en un ángulo un guerrero á caballo, con arnés completo, sosteniendo en la cuchilla de su lanzón el escudo de armas de Criptana, bordado en damasco morado con sedas de colores; dos espejos grandes llenos sus intersticios de fotografías casi todas femeninas, *biblots* y esculturas de caballos sobre el mármol de una chimenea, encendida también. (Al parecer, en aquella casa se derrochaba la leña, y falta hacía, porque empezaba á nevar.) En medio de la pieza un velador de malaquita y encima un mueble de caoba, dividido en varios compartimientos ó huecos llenos, unos de cajoncitos de cigarros habanos de todas clases, otros de cigarrillos de papel, otros de tabaco picado con una zanahoria en medio para conservarle fresco, otros con pipas nuevas ó *culotadas*, y finalmente de cuanto se usa para fumar.

El marqués indicó á Felicio un ancho diván corrido, de cordobán oscuro, que había frente al balcón, á través de cuyos cristales veíanse los árboles del jardín, sin hoja todavía, y caer copos de nieve. Tomó dos cigarros, ofreció uno al joven, y ambos encendieron en fósforos que les presentó Delfín. Entretanto, dos criados habían traído café y botellas de licores que colocaron sobre veladorcitos portátiles, al alcance del marqués y de su invitado.

Aquél despidió á los criados y al ayuda de cámara, mandándole que cerrara la puerta. Se recostó en el diván de medio lado, como los antiguos romanos en sus festines, y dijo á Felicio, entre sorbo y sorbo de café:

— ¿Qué tales consejos le ha dado á usted la almohada?

— Ninguno, señor marqués, y eso que ha tenido tiempo, pues no he pegado los ojos.

— Es natural, después de la excitación de anoche...

Luego, incorporándose y mirando al joven con fijeza, prosiguió:

— Pero vamos á ver, amigo mío, ¿no podría usted decirme, indicarme siquiera los motivos que le han impulsado á tal extremo de desesperación? Sólo los tontos se matan por cualquiera cosa, y á mí me parece que usted no lo es.

Felicio, atraído simpáticamente por el marqués desde el primer momento en que le conoció y conmovido en aquel instante por el interés que le demostraba y por lo cariñoso de su acento, estuvo á punto de confesarle la verdad. Pero se contuvo: su amor por Soledad era sagrado para él: hablar de su pasión era profanarla: era un secreto de dos almas que nadie debía saber.

El marqués, que esperaba una respuesta, prosiguió:

— Veo, amigo mío, que es usted reservado... Quizá piensa, y con razón, que nuestro conocimiento es demasiado reciente para...

— No, señor marqués, interrumpió Felicio, es que no hallo palabras, es que me avergüenzo de... de mi nulidad.

— No comprendo...

— Soy joven, me cree usted inteligente é iba á suicidarme: he aquí la síntesis. Si no soy tonto, soy débil, que viene á ser lo mismo.

— A veces no. Soy algo observador y he estudiado caracteres, no sólo en mi clase, sino que también en las inferiores, y me he convencido de que en aquellas pueden aunarse las cosas más opuestas con la variedad de un mosaico, las grandes elevaciones con las más desastrosas caídas.

— Yo no he tenido que caer, he nacido caído: no sirvo más que para analizar mi impotencia.

— Y probablemente para exagerarla.

— Huérfano y pobre, me he resignado al abandono y á la miseria; por eso he querido rehabilitarme...

— ¿Arrojándose usted por el viaducto?

— Me he permitido un lujo que no estaba á mis alcances. En vez de buscarme la vida, he vivido fuera de ella.

— ¡Ah! Apostaría á que es usted artista ó poeta.

— He hecho versos.

— Me lo figuraba, y deben ser buenos.

— ¿Por qué, señor marqués?



— Porque no le han servido á usted de nada, ni siquiera para escalar una posición. Yo no soy aficionado. Todos los poetas saben de memoria la mayor parte de sus versos. ¡Si tuviera usted la bondad de recitarme algunos!

Felicio no podía negarse. Recitó algunos trozos de su drama: primeramente con timidez, sin entonación, y luego con sentimiento y vehemencia. Cuando hubo terminado, el marqués, que le había oído en silencio, dijo más bien para sí y como analizando sus impresiones:

— Poeta de corazón: alma y armonía, *rara avis*.

Se levantó, quedóse mirando á Felicio, y aproximándose al balcón, permaneció algunos instantes pensativo.

No obstante su excepcional situación, Felicio sintióse halagado. Los poetas y las mujeres conocen los grados de impresión que causan.

El marqués volvió á sentarse al lado del joven.

— Oiga usted, amigo mío, le dijo, es necesario que deseche sus lúgubres ideas. Lo del viaducto ha sido una pesadilla; ahora va usted á despertar.

— Señor marqués...

— Va usted á experimentar otra vida. Si no le satisface, tiempo tiene de matarse: pruebe usted. Estaba usted solo, y ya tiene un amigo. Sentía las punzadas de la miseria, y ahora va usted á oír los buenos consejos de una existencia holgada y decorosa...

Y viendo que Felicio hacía un movimiento, prosiguió:

— ¡Oh! No se alarme usted. Le he *calado*, sé que es usted orgulloso, y debo decirle para tranquilizarle que necesito de usted.

— ¡De mí!

— Sí, amigo mío: todos nos necesitamos mutuamente. En el... pacto que voy á proponerle, usted pondrá lo más y yo lo menos. Se trata de que me ayude usted como á un amigo.

— ¡Yo, señor marqués!

— Voy á explicarme. Cuando era joven pensaba, como es natural, en no pensar en nada. Pero con la edad se varía de deseos y de sensaciones: tal es la escala de la vida, que se parece á una linterna mágica. Antes era frívolo, ahora me he hecho ambicioso. Hastiado de las distinciones heredadas, busco las adquiridas por mis propios merecimientos. En una palabra, voy á lanzarme á la política: quiero ser ministro.

— No le será á usted difícil conseguirlo. Con su nombre...

— Sí, pero yo no quiero ser ministro sólo por mi nombre y mis setenta mil duros de renta; no quiero ser ministro de contrabando, figura decorativa de un ministerio: aspiro á imponerme y á hacer mis pruebas; quiero que se diga que soy ministro porque tengo talento.

— Es natural.

— En las próximas elecciones seré diputado; pero á veces no se gana el banco azul en el Congreso, se llega á él hasta por caminos ajenos y aun opuestos al de la política.

— No cabe duda.

— Quiero hacer un libro. Pero para que sea bueno hecho por mí, no puede ser político: hasta ahora no he sentido la *cosa pública*. Pienso ocuparme de una especialidad en la que me creo competente. Desde niño soy aficionado á caballos. Los caballos y pocas cosas más han ocupado mi vida. (El marqués no quiso mencionar las mujeres.) Pretendo, pues, hacer un libro hípico notable, para lo cual pido á usted su ayuda.

— Pero señor marqués, dijo Felicio admirado, ¡si yo no entiendo una palabra de eso!

— Lo supongo, amigo mío. Ya explicaré á usted. Como iba diciendo, mi libro debe ser ó no ser. La *Ciencia hípica*, como pienso titularle, tiene que ser un estudio profundo en la materia que le dará origen, y además obra literaria y de estilo, porque sólo los libros de estilo producen sensación. Sintiendo fuerte en este terreno, preocupado hace años de esta idea, he aprovechado mis continuos viajes para hacer estudios é investigaciones en las razas caballares de Europa y en algunas de Africa y Oriente. Además he estudiado lo que no he podido ver: me he hecho erudito del caballo antiguo, desde las yeguas de Seneleunti hasta los caballos españoles, que los romanos llamaban *divaes equis*. Me parece que soy erudito, ¿eh?, preguntó burlonamente el marqués.

Luego prosiguió:

— Tengo un sinnúmero de datos y apuntes preciosos, pero revueltos como los baratillos de Utrera. Yo solo no me siento con paciencia para ordenarlos: esta tarea requiere gusto é inteligencia; y se la propongo á usted, que ha hecho un drama admirable de sabor de época. Yo escribiré el libro, pero usted corregirá mi prosa de aficionado...

— ¿Y por qué supone usted que la mía sea de maestro?, interrumpió Felicio.

— Estoy seguro de ello. Los poetas de punta son siempre buenos prosistas: el que puede lo más, puede lo menos. Además en mi libro debe haber versos; los poetas árabes y persas, especialmente estos últimos, han dedicado millares de versos al caballo. He hecho que me traduzcan muchos, pero sólo usted puede darles carta de naturaleza en la rima castellana.

— Pero señor marqués...

— ¡Oh! No tema usted, pondremos notas; no quiero adornarme de plumas ajenas. Nos daremos á conocer los dos simultáneamente. Usted esmaltará mi libro de piedras preciosas y le dará la valía literaria que quiero que tenga.

Viendo que Felicio callaba, prosiguió diciendo:

— Excuso decir á usted que para ser su amigo no necesito que trabaje para mí, pero me parece usted... *vidrioso* y no sé cómo tratarle. Además, el trabajo entretiene cuando concuerda con la afición y la competencia, y es un talismán contra las malas tentaciones.

— Señor marqués, dijo el joven estrechando con efusión la mano de su generoso amigo, es usted bueno y delicado, no sé cómo agradecersele; estoy tan poco acostumbrado á la benevolencia...

— No es esa la palabra en lo que se refiere á mí: yo desearía ser más que benévolo con usted.

— ¡Ah, señor!...

— Estamos conformes, ¿verdad? ¿Me sacará usted de mi apuro?

— Usted no le tiene. Ha buscado un medio ingenioso para hacerme bien.

— No discutamos. Ya verá usted que sí.

— Pero ¿y si no tengo fuerzas para sobrellevar la vida?

— Inténtelo usted. Sería un sentimiento para mí no haber logrado disuadirle de sus malos propósitos: hasta creo que le vería á usted en mis sueños.

— ¿Cuándo piensa usted publicar su obra?

— Lo más pronto posible, pero sin atarearnos. Las elecciones serán dentro de tres ó cuatro meses. Deseo presentarme á mis electores á caballo sobre mi libro, para que puedan decir: «Este marqués de Criptana tiene talento.»

Felicio vaciló todavía. Pero la juventud siente esperanzas súbitas. ¿No podía ser providencial aquel plazo que la casualidad le otorgaba, como lo habían sido sus encuentros con María en Aranjuez y Capellanes? Quizá volvería á verla inesperadamente: lo que no en un año, puede pasar en un día. Si había esperado un año en la miseria, bien podía hacerlo en una existencia decorosa.

— Señor marqués, dijo, sería ingrato y de mal gusto rehusar sus generosas ofertas. Estoy á la disposición de usted hasta que termine su libro.

— ¡Gracias á Dios, amiguito!, exclamó el marqués. Al fin es usted buen muchacho. Ahora vamos á lo práctico. Supongo que estará usted pésimamente alojado.

— En una habitación de dos duros mensuales.

— ¿Será un nido?, preguntó el marqués sonriendo.

— Poco menos.

— ¿Vive usted solo?

— Solo con el frío y los ratones.

— Pues bien: desde mañana, si no tiene usted inconveniente, se instalará aquí. Las habitaciones de mi mujer y de mi hija están cerradas, yo ocupo las restantes de este piso; en el bajo, que es muy espacioso, se acurruca mi apoderado, que es un excelente vecino, viejo, solterón y que hace menos ruido que un gato. Puede usted escoger entre varias habitaciones, dignas de un poeta, porque dan al jardín, y cuando haya flores puede usted cogerlas sin más que estirar el brazo. Almorzará y comerá usted conmigo los días que yo lo haga en casa, que son los menos; y cuando no, tendrá un buen compañero de mesa en mi apoderado, que es todo un caballero, instruido y amable.

El marqués se aproximó á un mueblecito colocado sobre una mesa, que representaba la catedral de Colonia tallada en alerce, abrió la puerta de aquel templo en miniatura, sacó un paquete de billetes de Banco, tomó uno y dijo á Felicio:

— Como no es usted mi servidor no le señalo honorarios; pero es justo que el amigo rico cuide de que no falte dinero al amigo pobre.

Y presentó al joven un billete de mil pesetas.

Felicio vacilaba en tomarle.

— ¡Vaya!, repuso el marqués, que no se diga que un gran poeta es un hombre vulgar.

Y metiendo el billete en la mano al joven, continuó diciendo:

— Eso para los gastos menudos, equípese usted bien: un poeta debe ser elegante. Las cuentas á mi mayordomo.

## IV

La señora cuya faz monstruosa asustó á Soledad y á Rosa su doncella, era (el lector seguramente lo ha adivinado) Dorila Cifuentes, la orgullosa hija del conde de Lebrín.

Pero se hace preciso tomar las cosas de más atrás: desde el punto en que la enamorada joven, esperanzada con los obsequios y atenciones de su primo, el marqués de Criptana, creyó atraparle en sus redes, colmando el anhelo de toda su vida. Cuando aquél, segunda vez opulento por la herencia de su tío, desapareció súbitamente de Sevilla y de Andalucía, la altiva joven sintió el golpe de su orgullo ofendido; y cuando la voz pública anunció el enlace de su desdichado primo con Soledad la cortijera, apoderóse de Dorila un delirio febril, semejante á la locura furiosa. Salió de aquella crisis para sufrir más que en ella, puesto que pudo pensar. Su pensamiento era un *pan-demonium*, una danza macabra en la que se entrelazaban los dolores y las sorpresas. ¡Ella, la reina de Sevilla por la hermosura, por la gracia y por el talento, había sido postergada á una muchachuela! Es preciso figurarse á un príncipe orgulloso de su raza que sufre el latigazo de un siervo, para comprender el espantoso despecho de Dorila. Además, á su vanidad ofendida, que era en ella la nota dominante, agregábase la punzante sensación de su amor malogrado. Conocióse á sí propia, sabía que nada podría sustituir á aquel único objetivo de su vida: ni aun los triunfos del orgullo: en adelante su existencia iba á ser incompleta. Descorrióse el velo de su maliciosa penetración. Recordaba á Soledad en el colegio, y rechinaba los dientes y se retorció las manos. ¡Imbécil! Ella debió adivinar... ¡Oh, si hubiese adivinado, hubiera pisoteado á aquella viborilla que debía envenenar su existencia! Y él, el único hombre en quien se había dignado fijar los ojos, después de burlarse de ella, habíala abandonado como á una mujerzuela con quien no hacen falta explicaciones ni miramientos.

Dorila, en quien toda Sevilla fijaba la atención y á la que creyó futura marquesa de Criptana, se apoyó en su orgullo para desorientar la burlona sorpresa de que era blanco.

Se mostró más alegre y bulliciosa que nunca, pero su sagacidad hacíala comprender que dejaba traslucir su pena y su despecho. Inútil es decir que siguió asediada de pretendientes; coqueteaba con algunos para llevar adelante el fingimiento, pero hizo cundir la voz de que mientras viviera su padre, ya enfermo, quería dedicarse exclusivamente á su cuidado y no pensaba en casarse. En efecto, el conde de Lebrín íbase consumiendo poco á poco como una luz falta de combustible, y no bien le abandonó el estómago, la anemia le relegó al panteón de su familia. Los que le trataban con alguna intimidación hicieron su epitafio mental: «Ha sido milagroso que de un ser tan nulo haya nacido una hija tan inteligente.»

Aunque el ex calavera no le estorbaba en nada, Dorila, que tenía seco el corazón, ó mejor dicho, que sólo le tenía para sus malas pasiones, se alegró de la muerte de su padre. Así era condesa de Lebrín y más independiente todavía. Pensaba ir á Madrid no bien transcurrieran los primeros meses del luto, para estar más cerca de Soledad y del marqués de Criptana.

Parecía como que doña Aurora Porcel, la *Perdigona*, habíala transmitido su alma perversa y sus rencores. Hubo una diferencia entre las dos: la vieja pordiosera había odiado á Soledad, pero murió apasionada de Felicio, comprendiendo que no le merecía.

La condesa de Lebrín no se hallaba en igual caso: Soledad era para ella el látigo con el que su primo el marqués de Criptana habíala azotado el corazón, y á él era á quien más especialmente odiaba. Se vengaría de él, ¡oh si se vengaría, aun cuando para ello tuviera que llegar á la deshonor y al asesinato! Aquella idea de venganza llenaría el vacío de su vida.

Acaso el odio es más grato que el amor: ella lo sentía así. Poseía las tres palancas que remueven el mundo: la riqueza, la inteligencia y la hermosura. Estaba segura de su venganza; á último extremo pagaría el asesinato del marqués de Criptana, le pagaría con su dinero y si era necesario con su belleza. Podía ser descubierto su crimen, pero ¿qué importaba? La naturaleza ha sido sapientísima haciéndonos árbitros de nuestra vida. Las palabras Dios, Providencia, conciencia, no tenían significado alguno para ella: era atea, con ese ateísmo raro que excluye toda duda. Pensaba que cuantas más pasiones más vida. ¡Dichosa ella, que á las múltiples que sentía podía agregar la del odio!

Tres meses después de la muerte de su padre, cuando estaba pensando en trasladarse á Madrid, se presentó en Sevilla y fué presentado á ella un joven granadino, vizconde de Baza é hijo y heredero del



marqués del mismo título. Era guapo, elegante y su fisonomía recordaba la del marqués de Criptana, a quien también se parecía en la voz y en el discreto gracejo de su conversación.

Como casi todos los forasteros que llegaban a Sevilla, rindió parias a la deslumbrante hermosura de Dorila. Ella le alentó, mucho más observando que las muchachas casaderas se le disputaban, y consiguió que se declarase su rendido adorador. El vizconde era muy joven, tenía dos años menos que ella, carecía de mundo, y ella, ó sintió alguna inclinación hacia él, ó lo que es más probable, le hizo su juguete. Le fué cosa fácil apoderarse de aquel corazón sin experiencia, y se complació y distrajo en estudiar en él las fases de una pasión verdadera. Era cariñosa con intermitencias, y pretextando su luto y su dolor por la pérdida de su padre, entretenía con esperanzas al vizconde, sin comprometerse a nada. Esta distracción y el haber sabido que el marqués de Criptana y Soledad se hallaban en el extranjero fueron causa probablemente de que suspendiera su viaje a Madrid. Asediada por los ruegos de su adorador y no queriendo romper la cuerda por demasiado tirante, prometiéndole acceder a sus deseos para cuando terminara su luto, y desde entonces en Sevilla se consideró al vizconde como novio oficial de la condesa de Lebrín.

¿Fué que ésta renunciaba a sus vengativos propósitos, y que el tiempo y una nueva afeción habían desvanecido su rencor hacia su primo y Soledad? Difícil es suponerlo. De toda suerte, ¿en qué la estorbaba un marido al que estaba segura de dominar?

Desde el último mes del luto comenzaron a hacer los preparativos de boda. Se encargó a París la canastilla, se comenzó a revocar la fachada del palacio de Lebrín, a lo que seguirían otras obras interiores, por si los nuevos esposos querían habitarle al regreso de su *viaje de miel*. Los parientes y amigos pensaban ya en los regalos, y todo hacía suponer que la boda iba a ser suntuosa. Un guasón de Sevilla decía: «Va a haber una orquesta en ca uno de los árboles del paseo del río y una corrida de toros con cuerna dorá, que rejonará er novio en venganza de lo que le pue pasó después.» El vizconde de Baza enviaba todas las mañanas un ramillete a su prometida, según costumbre exótica, y sólo faltaban quince días para el *grande*, cuando he aquí que Dorila sintióse atacada de súbita indisposición. A las veinticuatro horas después se le declaró una fiebre intensa, sufría vértigos, dolores en el cuello y nuca y un ardor insufrible en la cara y en el pecho: fué uno de los primeros casos, el primero quizá, de la epidemia variolosa que a los pocos días invadió a Sevilla.

Pero en la condesa de Lebrín aquella invasión parecía un conjunto de viruela, lepra, elefantiasis y otras enfermedades cutáneas. Su cuerpo estaba monstruoso y su cabello se desprendía de la cabeza en espesos mechones. En este estado, luchando entre la vida y la muerte, pasó quince días. Por fin la erupción fué disminuyendo poco a poco, pero dejando en su rostro y en todo su cuerpo huellas indelebles, fenomenales. Cuando cedió la fiebre y la enferma pudo mirarse a un espejo, exhaló un grito y cayó desmayada. Desde entonces entró en un período de postración parecido al idiotismo. Estaba limpia de calentura, y sin embargo pronunciaba palabras incoherentes. Tomaba alimento y se dejaba cuidar inconscientemente: en resolución, era un autómata con vida.

¿Qué hacía entretanto su prometido el vizconde de Baza?

¡Oh! El vizconde hizo lo que todo el mundo hubiera hecho, incluso Filemón, Leandro, Píramo, Marsilla, Romeo y todos los amantes antiguos y modernos. En los primeros días de la enfermedad de su adorada, estuvo desesperado y solícito a la cabecera de su cama; luego, cuando vió la transfiguración de Dorila, se informó cautelosamente de los médicos y supo por éstos que la enferma jamás recobraría su pristina belleza; después enseñó a todo el mundo una carta de Granada en la que se le decía que su padre estaba gravemente enfermo, y con este motivo se ausentó precipitadamente de Sevilla; al poco tiempo escribió dos ó tres cartas a un amigo de confianza, preguntándole cómo estaba la condesa de Lebrín, a las que el amigo solía contestar: «Sigue atontada y horrorosa,» y por último se... eclipsó.

Dorila salió de su estado de inconsciencia y recobró la lucidez de su juicio. Pareció aquello un milagro adverso de la Providencia, que la condenaba a los tormentos del *ángel caído*. Pero según algunos demonógrafos, Lucifer (el que lleva la luz) aún conserva vestigios de su angélica hermosura, y a Dorila no le quedó ni un rastro de la suya. Parecía que su alma monstruosa se le había asomado a la cara.

Pocas criaturas humanas habrán sufrido semejante suplicio moral. Antes era poderosa, admirada, irresistible: tenía todos los goces de la vida al alcance de la mano, y sobre todo los goces del orgullo triun-



Era la señora Damiana en traje dominguero

fante. ¿Qué hombre no se hubiera estremecido de placer en sus brazos? Uno solo los había rehusado, y por eso merecía la venganza que ella le preparaba. Pero ahora, ¿qué era? Un ser monstruoso que causaba horror. Los que antes mendigaban sus miradas apartaban de ella las suyas: no era ya mujer; era un infierno viviente.

Ya tenía otro ser más a quien odiar: el vizconde de Baza, que había completado la obra del marqués de Criptana; pero ¡qué mucho, si odiaba a la humanidad entera!

Al leer la historia de Rusia envidiaba a Iván el Terrible, a aquel czar que degollaba por su propia mano a millares de vasallos. Ella hubiera hecho más, hubiéralos dado tormento, siendo ella la ejecutora. No quiso habitar en Sevilla, donde todo el mundo la conocía y la señalaba con un estigma de horror ó de compasión, y se trasladó a Córdoba, en donde tenía una hermosa casa lindando con las afueras de la población. Allí no era conocida ni se daría a conocer, y allí maduraría sus rencores. Afortunadamente sus vicios le impidieron cometer los crímenes que meditaba. Encerrada en su casa, aislada hasta de sus criados, sola con su perro de Terranova, único ser que la quería y al que ella no odiaba; impulsada por su lubricidad, a la que su orgullo no le permitía dar expansión, adquirió la costumbre de tomar opio para procurarse ensueños voluptuosos. Pasaba las noches en modorras envenenadas que iban destruyendo su poderosa organización. Sentía laxitud de cuerpo y vaguedad de ideas, y empleaba sus pocas horas lúcidas en meditar proyectos que aplazaba. Porque su idea fija no la abandonaba nunca: quería vengarse del marqués de Criptana, a quien su malvada lógica hacía responsable de su desgracia. Si su primo se hubiera casado con ella en tiempo oportuno, era lo probable que la epidemia variolosa no la hubiera sorprendido en Sevilla, salvándose de aquel horroroso estrago que había aniquilado su felicidad.

Leyó en un periódico extranjero que un médico de Viena hacía desaparecer infaliblemente toda señal de enfermedad cutánea, siendo preciso someterse a un tratamiento vigilado por él; y Dorila, aunque sin fe, porque no creía en nada en absoluto, hizo un viaje a aquella ciudad. El doctor Karl, que la consideró un caso excepcional, prometiéndole borrar las huellas que la enfermedad había dejado en su cutis,

pero en un plazo largo que no podía fijar: era cuestión de paciencia y no se atrevió a añadir que de dinero. Marcóla un régimen, menudeó las pócimas interiores y exteriores, y al cabo de dos meses consiguió que las costrificaciones de la epidermis se pulverizaran. Este primer resultado alentó a la condesa de Lebrín. Según el doctor, después de la pulverización vendría la deshinchazón, todo, por supuesto, a fuerza de drogas y de tiempo. Al llegar este período de descenso, él emplearía su panacea suprema, obteniendo un resultado completo y definitivo: Dorila esperó con alguna confianza y siguió haciendo en Viena la misma vida retraída que en Córdoba.

El doctor, como es natural, le pidió informes referentes a su régimen de vida, alimentos y aficiones, y la prohibió en absoluto el uso del opio, diciéndole:

— Mi querida señora, la ciencia no labra en una organización excitada y por lo tanto débil.

Y la condesa, no sin esfuerzo, tuvo que renunciar a sus voluptuosos delirios, consolándose con la idea de un desquite práctico cuando volviera a ser hermosa.

Volvió a recobrar su energía física y su lucidez intelectual, y por lo menos su viaje sirvióle para esto; porque en lo demás, pasaban meses y pasaron dos años y los estragos de su cutis no desaparecían. Espiaba mirándose al espejo los efectos del tratamiento a que estaba sometida, y pateaba de cólera hallándolos casi nulos. Daba largos paseos en carruaje por los alrededores de la ciudad, siempre sola y cubierta con un tupido velo, y poco a poco iba perdiendo la esperanza de recobrar su belleza.

A los tres años de su estancia en Viena recibió el golpe de gracia. El doctor Karl desapareció de la ciudad sin despedirse de su numerosa clientela.

Probablemente fué un quebrado de la charlatanería empírica, y alzándose con los fondos de la credulidad pasó

cualquiera frontera. No se volvió a hablar de él.

La condesa de Lebrín, echando espumarajos de rabia, pisoteó los frascos y redomas que tan caros había pagado y que tan inútiles le habían sido; hizo precipitadamente sus preparativos y se puso en camino para regresar a Córdoba.

Se detuvo un día en Madrid, como lo había hecho al ir a Viena, y se informó respecto a los marqueses de Criptana, mandando a un criado a preguntar a su casa; el portero contestó en ambas ocasiones: «Los señores están fuera.» Estas ausencias no sorprendieron a Dorila, que conocía la afición de su primo a viajar, y como el portero no sabía ó no tenía orden de saber más, y ella no podía presentarse en los círculos sociales, donde quizá hubieran podido darla más noticias, abandonó la corte y se volvió a Córdoba sin haber logrado ninguno de los objetivos de su viaje.

Hallábase en la situación de un condenado, que después de entrever el paraíso, volvía a los tormentos infinitos.

Ya no esperaba ni deseaba nada Dorila. Desalentada, sombría, viviendo en el sonambulismo del opio, en cuyos delirios eróticos se refugió otra vez; pensaba en sus proyectos de venganza, vagamente, sin insistencia.

Su organismo íbase debilitando con extremo. Paseábase en coche por las afueras de Córdoba, pero evitando los sitios frecuentados, pues en ellos encontraba nuevos motivos de desesperación. En una ocasión, al torcer la esquina de una tapia, vió a dos campesinos jóvenes de distinto sexo, en ocasión en que él estampaba un prolongado beso en los labios de ella. ¡Cómo envidió a aquella labriega, hermosa, encendido el rostro de rubor y de alegría! ¡Con qué satisfacción se hubiera trocado por ella! En una de sus excursiones encontró a Soledad... La casualidad tiene caprichos feroces.

Al ver a aquella criatura aborrecida, que la recordaba otra aún más odiada, Dorila sintió un desvanecimiento, un golpe en el corazón, y se pasó el pañuelo por los ojos, dudando si era realidad lo que veía ó resto de las lucubraciones del opio. Por eso, cuando dijo a Soledad «voy a decirte quién soy,» su voz silbaba como la de la sierpe que abre su válvula venenosa.

(Continuará)



## LOS NUEVOS CARDENALES

Publicamos en esta página los retratos de los cuatro nuevos cardenales creados por S. S. el Papa León XIII en el consistorio de 22 de junio último. Los cuatro nuevos purpurados pertenecen al orden de los presbíteros, y sus nombres son: Domingo Jacobini, Antonio Agliardi, Domingo Ferrata y Serafín Cretoni. Todos descienden de familias humildes y todos por sus méritos han sido elevados á la dignidad cardenalicia.

El más fogoso, y á la vez el más popular, es monseñor Domingo Jacobini. Nació en Roma en 3 de septiembre de 1837, y ha sido arzobispo titular de Tiro y Nuncio apostólico en la corte de Lisboa: su padre era un modesto mandadero. El cardenal Patri si le dispensó desde muy niño su protección y le costeó los estudios. Muy joven todavía enseñaba la asignatura de griego en la escuela de San Apolinar.

Pero su carácter batallador y vivo no estaba hecho para la enseñanza, sino para la lucha; así es que después de la jornada de Mentana, en la que Garibaldi fué derrotado en 1867 por las tropas pontificias y francesas, lanzóse con todo el ardor de que era capaz á la contienda política, fundando el Círculo de San Pedro y excitando á los jóvenes á resistir por todos los medios «á las artes infernales del liberalismo.»



EL CARDENAL DOMINGO JACOBINI

Después de la brecha de la Puerta Pía y consiguiente entrada de las tropas de Víctor Manuel en Roma, en la iglesia de Jesús y en otros muchos lugares, las ceremonias del culto se transformaban en otras tantas batallas entre los liberales y los católicos, batallas que casi siempre se resolvían á palos: monseñor Jacobini figuraba en ellas en primera línea.

En la famosa manifestación del 8 de diciembre de 1870 en la plaza de San Pedro de Roma, su imprudencia le valió una puñalada en el cuello; pero afortunadamente el alzacuello amortiguó el golpe, pues el puñal, después de atravesarlo, apenas hirió la piel.

No sirvió esto de escarmiento al batallador sacerdote; al año siguiente organizó la Sociedad católica artística obrera, que hoy en día cuenta con millares de socios, tiene organizadas varias escuelas de artes y oficios y dispone de un banco de crédito.

En 1874 enfermó monseñor Profilli, secretario de los Breves, y monseñor Jacobini lo reemplazó por su propia iniciativa, y muerto aquél, S. S. el Papa Pío IX le otorgó en propiedad aquel importante cargo con gran sorpresa de la corte pontificia.

Desde aquel momento se le ofrecieron al hábil monseñor los más altos empleos: en 1879 fué secretario de Negocios eclesiásticos extraordinarios, poco después bibliotecario de Santa Chiesa y canónigo del Vaticano, y en 1882 obtuvo el nombramiento de secretario de la congregación De Propaganda. Arzobispo de Tiro, ocupó este cargo hasta que en 1891 fué enviado de Nuncio apostólico á Lisboa.

El período de su última estancia en Roma ha sido el de sus más reñidos combates. Próxima la época electoral, presentó al Papa un memorial suplicándole que revocara el *non expedit* para las elecciones políticas: los católicos, guiados por él, acudieron á los comicios; pero los liberales no les dejaron proceder con toda libertad de acción y la Unión romana quedó derrotada, no sin haber llevado á las urnas 13.000 votos.



EL CARDENAL ANTONIO AGLIARDI

Fué aquella una derrota humillante para monseñor Jacobini, el cual se vengó de ella impidiendo, poco tiempo después, que el rey de Portugal visitara al rey de Italia en su palacio Quirinal de Roma.

El cardenal Antonio Agliardi, nacido en Colonia al Serio, diócesis de Bérgamo, en 4 de septiembre de 1832, arzobispo titular de Cesarea de Palestina, y Nuncio Apostólico en Viena, es también hijo del pueblo y pertenece también al partido de acción. Condiscípulo y amigo de monseñor Jacobini en el seminario de Roma, cuando hubo terminado sus estudios regresó como modesto sacerdote á su diócesis, siendo durante doce años párroco de Bérgamo.

El cardenal Franchi, que tuvo ocasión de conocerlo y de estimar lo que valía, lo llamó á Roma, en donde le colocó de *minutante* en la congregación De Propaganda Fide. Por aquel entonces ocupábase León XIII en la reconstrucción de la jerarquía eclesiástica en las Indias, y en esta tarea mostróse tan hábil auxiliar el padre Agliardi, que llamó la atención del Sumo Pontífice, el cual descubrió en él gran habilidad diplomática, una voluntad enérgica y resistente y un carácter entero. Por estas circunstancias le nombró arzobispo de Cesarea y le envió á la India.

Allí fué dos veces el padre Agliardi: su segundo viaje fué para él de grandes fatigas, hasta el punto de que en cinco meses sólo durmió en la cama trece días. En su peregrinación presidió tres concilios.

A su regreso á Roma en 1887, Su Santidad, como prueba de alto agradecimiento, nombróle secretario de la congregación de Negocios eclesiásticos extraordinarios y luego le envió de Nuncio á Baviera. Desde allí pasó á Viena cuando monseñor Galimberti fué llamado á Roma. En la corte de Austria no descansó ciertamente, sino que sostuvo grandes luchas contra el ministerio húngaro y contra las tendencias liberales. En las recientes fiestas de la coronación del



EL CARDENAL DOMINGO FERRATA

tsar Nicolás II fué en Moscou el representante de la Santa Sede.

Después de habernos ocupado de los dos cardenales de acción, diremos algo de los dos prelados de temperamento más bien pacífico, monseñores Ferrata y Cretoni.

Domingo Ferrata nació en Gradoli, diócesis de Montefiascone, en 4 de marzo de 1847, y es arzobispo de Tesalónica y Nuncio apostólico en París. Es el más joven de todos los Nuncios pontificios.

Estudió en el seminario de Orvieto y en el de Montefiascone: en 1867 pasó á Roma llamado á la congregación de Ritos como auditor del cardenal Martelli, distinguiéndose en el desempeño de este cargo por su profunda cultura teológica y por su actividad excepcional.

En 1876 alcanzó la cátedra de Derecho canónico en el seminario romano, y al año siguiente entró á formar parte de la congregación de Negocios eclesiásticos extraordinarios. En 1879 fué enviado á París como auditor de aquella nunciatura, conquistándose allí grandes simpatías entre el alto clero y las clases más elevadas de la sociedad parisiense. Entre sus mejores amistades se contaba la del sabio y virtuoso cardenal Lavignerie. Estas simpatías que supo



EL CARDENAL SERAFÍN CRETONI

conquistarse en la capital francesa contribuyeron poderosamente á su rápida carrera.

De París pasó á Roma para encargarse del honorífico puesto de presidente de la Academia de los nobles eclesiásticos. En 1885 fué nombrado Nuncio apostólico en Bélgica y arzobispo de Tesalónica; en 1889 secretario de la congregación de Negocios eclesiásticos extraordinarios y por último Nuncio apostólico en París.

En todos estos puestos ha desempeñado siempre un papel brillante, no sólo por su ciencia, sino que también por su exquisita finura y elegancia en el vestir.

Serafín Cretoni nació en Soriano, diócesis de Orte, en 4 de septiembre de 1833, y es arzobispo de Damasco y Nuncio apostólico en Madrid.

Nunca aspiró monseñor Cretoni á los altos cargos pontificios, así es que cuando S. S. el Papa León XIII le ofreció la nunciatura en la corte de España, vaciló en aceptarla, y sólo la admitió cediendo á la suprema voluntad pontificia. Literato y filólogo eminente, enseñó literatura y filosofía en Roma y cultivó con verdadera pasión las lenguas extranjeras. El Concilio ecuménico del Vaticano le dió ocasión de afirmar su notoriedad confiándole el cargo de consultor.

S. S. el Papa Pío IX lo llevó á la Secretaría de Estado y le confió delicadas misiones. Sucesivamente fué consultor de la Inquisición, director de los archivos de la Propaganda, secretario de la congregación de Negocios orientales, presidente del colegio greco-armenio y finalmente Nuncio apostólico en Madrid, en donde se ha conquistado valiosas amistades y universales simpatías por sus virtudes, por su ciencia y sobre todo por el amor que profesa á nuestra patria, amor del que ha dado frecuentes pruebas, una de ellas cuando bendijo á las tropas expedicionarias á Cuba, y recientemente en el discurso que pronunció en el acto de imponerle S. M. la reina regente la birreta cardenalicia. - X.





RUINAS DE LA CASA QUINTA KINDELAND, incendiada por los rebeldes el 27 de abril último durante el ataque al poblado de El Cristo (Santiago de Cuba)  
(de fotografía remitida por D. Aurelio Ferrer)

## SOR CLEMENCIA

novela de costumbres por ENRIQUE PEREZ ESCRICH

AUTOR DEL MANUSCRITO DE UNA MADRE Y DEL MÁRTIR DEL GÓLGOTA

El argumento de esta preciosa novela no está basado en una pura ficción; es una verídica historia que excita cada vez más el interés, según se van recorriendo sus páginas; es una de aquellas narraciones que conmueven y consuelan el alma al mismo tiempo; es un drama de la vida, de esos que encierran un gran pensamiento filosófico y moral, á la par que una provechosa enseñanza.

Se vende en todas las librerías y centros de suscripción de España, en un tomo bonitamente encuadernado en tela, á 5 pesetas, y encuadernado á la rústica 4 pesetas.

**Jarabe de Digital de LABELONYE** contra las diversas Afecciones del Corazon, **Hydropesias, Tosas nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.**  
Empleado con el mejor éxito

El mas eficaz de los Ferruginosos contra la **Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.**  
**Grageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ**  
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

**Ergotina y Grageas de ERGOTINA BONJEAN** HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las perdidas.  
Medalla de Oro de la S<sup>ad</sup> de F<sup>ia</sup> de Paris  
LABELONYE y C<sup>ia</sup>, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

**CEREBRINA** REMEDIO SEGURO CONTRA LAS **JAQUECAS y NEURALGIAS**  
Suprime los Cólicos periódicos  
E. FOURNIER Farm<sup>o</sup> 114, Rue de Provence, en PARIS  
La MADRID, Melchor GARCIA, y todas farmacias  
Desconfiar de las Imitaciones.

**LA SAGRADA BIBLIA**  
EDICIÓN ILUSTRADA  
á 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas  
Se envían prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

Las Personas que conocen las **PILDORAS DEHAUT** DE PARIS  
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el causan que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

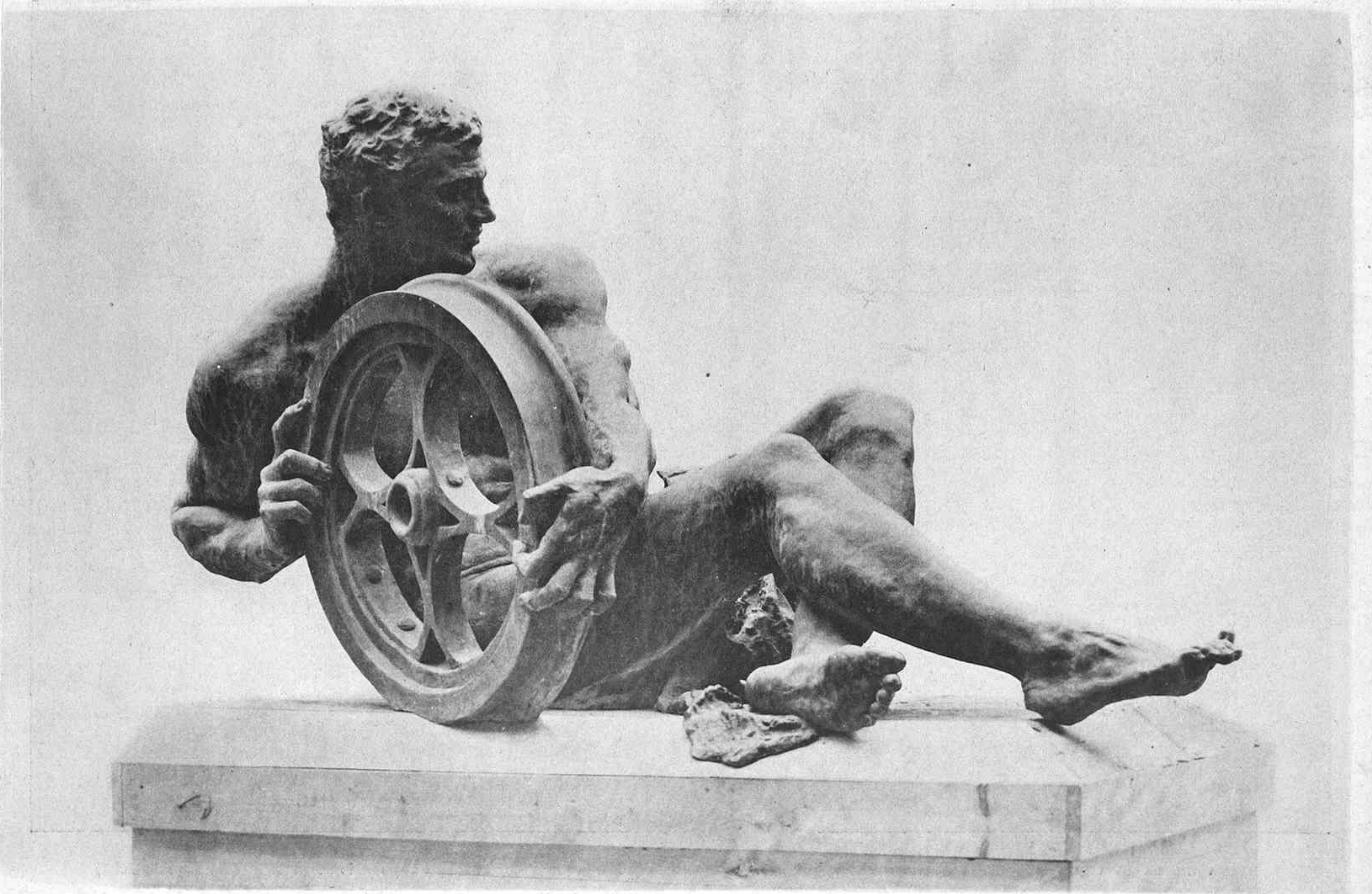
**ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE**  
Curadas por el Verdadero  
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

DICCIONARIO ENCICLOPEDICO  
**HISPANO-AMERICANO**  
Edición profusamente ilustrada con miles de pequeños grabados intercalados en el texto y tirados aparte, que reproducen las diferentes especies de los reinos animal, vegetal y mineral; los instrumentos y aparatos aplicados recientemente á las ciencias, agricultura, artes é industrias; retratos de los personajes que más se han distinguido en todos los ramos del saber humano; planos de ciudades; mapas geográficos coloridos; copias exactas de los cuadros y demás obras de arte más célebres de todas las épocas.  
MONTANER Y SIMON, EDITORES  
**EL APIOL** de los Dres **JORET y HOMOLLE** regulariza los **MENSTRUOS**

**CARNE, HIERRO y QUINA**  
El Alimento mas fortificante unido a los Tónicos mas reparadores.  
**VINO FERRUGINOSO AROUD**  
Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS DE LA CARNE  
**CARNE, HIERRO y QUINA!** Diez años de éxito continuado y las afirmaciones de todas las eminencias médicas preuban que esta asociación de la Carne, el Hierro y la Quina constituye el reparador mas energico que se conoce para curar: la Clorosis, la Anemia, las Menstruaciones dolorosas, el Empobrecimiento y la Alteración de la Sangre, el Raquitismo, las Afecciones escrofulosas y escorbúticas, etc. El **Vino Ferruginoso de Aroud** es, en efecto, el unico que reúne todo lo que entona y fortalece los organos, regulariza, coordena y aumenta considerablemente las fuerzas ó infunde á la sangre empobrecida y decolorada: el Vigor, la Coloracion y la *Energia vitali*.  
Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRE, Farm<sup>o</sup> 102, r. Richelieu, Sucesor de AROUD.  
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS  
**EXIJASE** el nombre y la firma **AROUND**

**PATE ÉPILATOIRE DUSSER** destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **FILIVOLE, DUSSER**, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.





EL FERROCARRIL, escultura alegórica que forma parte del monumento erigido en Valencia al Excmo. Sr. Marqués de Campo, obra de Mariano Benlliure (Exposición de Bellas Artes é Industrias Artísticas de Barcelona de 1896)

**PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL**  
 CIGARROS  
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES  
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL  
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos  
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

**FUMOUZE-ALBESPEYRES**  
 78, Faub. Saint-Denis  
 PARIS  
 y en todas las Farmacias.

**JARABE DE DENTICION**  
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER  
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION  
 EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS  
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

**REMEDIO de ABISINIA EXIBARD**  
 En Polvos y Cigarrillos  
 Alivia y Cura CATARRO,  
 BRONQUITIS,  
 OPRESION  
**ASMA**  
 y toda afección  
 Espasmódica  
 de las vias respiratorias.  
 25 años de éxito. Med. Oro y Plata  
 J. FERRÉ y Cia, Pcos. 102, R. Richelieu, Paris

**CARNE y QUINA**  
 El Alimento mas reparador, unido al Tónico mas energico.  
**VINO AROUD con QUINA**  
 Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE  
**CARNE y QUINA!** con los elementos que entran en la composicion de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este fortificante por excelencia. De un gusto sumamente agradable, es soberano contra la Anemia y el Apocamiento, en las Calenturas y Convalecencias, contra las Diarreas y las Afecciones del Estomago y los intestinos.  
 Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al **Vino de Quina de Aroud**.  
 Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farm<sup>o</sup>, 102, r. Richelieu, Sucesor de AROUD  
 SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.  
**EXÍJASE el nombre y la firma AROUD**

**PAPEL WLINSI**  
 Soberano remedio para rápida curacion de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.  
**Depósito en todas las Farmacias**  
 PARIS, 31, Rue de Selne.

**CARRERAS-CAZA**  
**EMBROCACION MÉRÉ de Chantilly**  
 INDISPENSABLE PARA FORTIFICAR  
 LAS PIERNAS DE LOS CABALLOS  
 FOLLETO FRANCO MÉRÉ FARM ORLÉANS

**JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT**  
 Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150. PARIS, y en todas las Farmacias  
 El **JARABE DE BRIANT** recomendado desde su principio, por los profesores Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. **VERDADERO CONFITE PECTORAL**, con base de goma y de abajoles, conviene sobre todo a las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno a su eficacia contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES del PECHO y de los INTESTINOS.

**GARGANTA**  
 VOZ y BOCA  
**PASTILLAS DE DETHAN**  
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. — PREGIO: 12 REALES.  
 Exigir en el rotulo a firma  
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

**ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO**  
 PASTILLAS y POLVOS  
**PATERSON**  
 con BISMUTHO y MAGNESIA  
 Recomendados contra las Afecciones del Estomago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estomago y de los Intestinos.  
 Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.  
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

**Jarabe Laroze**  
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS  
 Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastraljias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.  
**JARABE al Bromuro de Potasio**  
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS  
 Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S<sup>o</sup>-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.  
 Fábrica, Expediciones: J.-P. LAROZE & C<sup>o</sup>, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.  
 Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN